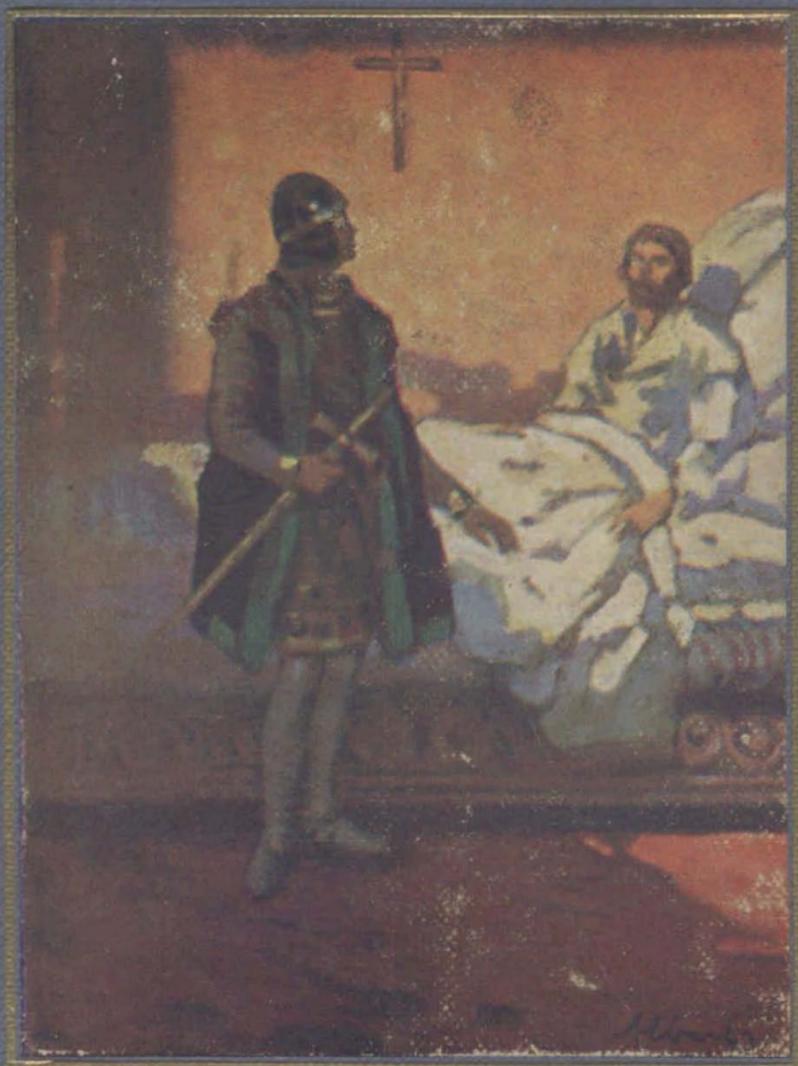


# EL CAMPAMENTO DE BUENOS AIRES



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes  
Premiadas en la Exposición de Leipzig

LA  
CAMPANA  
DE HUESCA

OBISPADO DE BARCELONA

---

---

NIHIL OBSTAT.

*El censor,*

Antonio Aragón Fernández  
Presbítero

---

Barcelona, 16 de Julio de 1928

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

*Por mandato de su Excia. Ilma.,*

Dr. Francisco M.<sup>a</sup> Ortega  
de la Lorena  
Canciller-Secretario

141,25

# LA CAMPANA DE HUESCA

LEYENDA DEL REINADO  
DE RAMIRO II *EL MONJE*

NARRADA A LA JUVENTUD

POR

JUAN GUTIERREZ-GILI

CON ILUSTRACIONES DE  
ALBERT

29.185



CASA EDITORIAL ARALUCE  
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

---

# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA A GUISA DE PRÓLOGO. . . . .	VII
I.—ANTECEDENTES : UN SEPULCRO Y UN CUADRO. . . . .	11
II.—ALFONSO EL BATALLADOR. . . . .	18
III.—UNOS MISTERIOSOS VIAJEROS. . . . .	25
IV.—EN DEMANDA DE REY. . . . .	31
V.—CRUZANDO LOS PIRINEOS. . . . .	42
VI.—ES ELEGIDO RAMIRO «EL MONJE» PARA REY DE ARAGÓN. . . . .	48
VII.—LA CORONACIÓN. . . . .	57
VIII.—LA CELADA DE LOS NAVARROS. . . . .	64
IX.—EL MATRIMONIO DEL REY. . . . .	72
X.—REINA INFELIZ. . . . .	77
XI.—UN FRAILE MISTERIOSO. . . . .	82
XII.—LAS DOS BATALLAS. . . . .	93
XIII.—LA CALUMNIA. . . . .	101
XIV.—LA CONJURA DE LOS VASALLOS. . . . .	109
XV.—LA REVELACIÓN. . . . .	117
XVI.—LAS RAZONES DEL ABAD. . . . .	121
XVII.—¿SE HABÍA VUELTO LOCÓ EL REY? . . . . .	127
XVIII.—POR FIN RESUENA «LA CAMPANA». . . . .	133
XIX.—MUERTE Y SUCESIÓN DE D. RAMIRO. . . . .	141

## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

<i>Don Ramiro creía sufrir una pesadilla. . . . .</i>	<i>frontis</i>
	<u>Págs.</u>
¿ Quiénes son esos que han cruzado la frontera? . . . . .	25
...más como prisionero que como libertado. . . . .	38
...y poniéndole delante la cruz. . . . .	60
— Señor, levantaos sin demora. . . . .	69
— ¿Cómo os dignáis visitarme hoy, bien mío? . . . . .	78
...partió como un caudillo. . . . .	97
...y apareció el Arzobispo, sobresaltado. . . . .	113
Mandó mostrar las cabezas. . . . .	137

*DEDICATORIA*  
*A GUISA DE PROLOGO*

*A vosotros, niños, van dedicadas de una manera especial las siguientes páginas. En ellas se ha procurado mezclar a la anécdota histórica el aroma de la leyenda. Todos habréis oído hablar de la Campana de Huesca, pero no todos estaréis enterados de una manera exacta de los hechos a que esa «Campana» figurada se refiere. Satisfacer vuestra curiosidad y esclarecer vuestro conocimiento acerca de este tema, es lo que ha inspirado la siguiente narración. Del deleite que la lectura os produzca, han de quedar dos elementos de provecho en vuestra memoria: el enriquecimiento de vuestra ilustración sobre la historia patria, y la lección que de un hecho insigne siempre se desprende.*

Pocos episodios se prestan a ser narrados de una manera más sugestiva y con una emoción tan impregnada de dramatismo y poesía, como el castigo infligido a la nobleza soberbia de Aragón, por don Ramiro II. Y si la violencia de los hechos de su reinado tiene, con todo y ser sangrientos, un halo de poesía y de leyenda, ello se debe a la piedad del alma del monarca, que cubre de ternura y sentimiento humano lo más patético de su justiciero acto. Ha contribuído también al embellecimiento de este episodio, la tradición, que se ha apoderado de él, para transmitirlo de boca en boca, como sucede con todas las cosas extraordinarias, a lo largo de los siglos. Pero no pára aquí todo, sino que también la historia y el arte se hacen eco del son de esa «Campana». Poetas y pintores han revestido este hecho con las galas del colorido y la inspiración.

No perdáis de vista, lectores, doblemente queridos por ser muy jóvenes aún, que las narraciones de este género forman parte del espíritu patrio; de esta manera este libro os prestará utilidad al par que deleite, pues, que en la conducta de los personajes que giran en torno

a la Campana de Huesca, veréis una manifestación elocuente de la raza, la entereza y energía que pone junto a los casos de soberbia los de íntegra lealtad, y que es el resorte vital que ha llevado en todos los tiempos a los españoles a realizar las más singulares hazañas, brindando al Mundo los más soberanos ejemplos.

No se dilate más vuestra impaciencia. Comenzad la lectura, queridos niños, y os enteraréis de que la Campana de Huesca no suena al bronce de los campanarios, sino al acero de los pechos aragoneses, y que su sonido es la voz de las centurias que nos dice cómo, en todos los tiempos, las ambiciones y el orgullo han obligado a la mano de la ley a ejecutar sus edificantes, aunque dolorosos, castigos.



# I

## ANTECEDENTES: UN SEPULCRO Y UN CUADRO

«Las cañas se vuelven lanzas»  
«Mafaron los podestades de  
Huesca. Era 1136.»

*Anales Toledanos.*

En el templo de San Pedro el Viejo de la ciudad de Huesca, hay un sarcófago que ostenta en lo alto un sencillo bajo relieve de estilo plateresco, en el que campea un escudo de armas de realeza. Este se divide en cuatro exactos paneles en los que se ven enmarcadas otras tantas cabezas, a manera de los bustos de las monedas y las medallas. Al pie del friso coronado por tal escudo cuelga un rótulo relativamente moderno en el que se lee, en caracteres lisos, el siguiente epígrafe :

RAMIRO II *EL MONJE*  
REY DE ARAGON

Pues sabréis que este don Ramiro anduvo en boca de bardos y trovadares ; de él, se han ocupado a lo largo de los siglos los novelistas y los poetas, y los historiadores han tenido mucho que decir acerca de su reinado, de su carácter, de lo que su forzada situación en la corte produjo, y de lo que en esas memorias ha puesto la fragante hiedra lejendaria que brota de la imaginación del pueblo y del arte.

¿Habéis visto un cuadro que anda reproducido en muchos libros y que representa una especie de guerrero que retiene un perrazo de una cadena, en medio de un calabozo o subterráneo en cuyo suelo hay un montón de cabezas sangrientas, sobre las cuales pende un garfio con otra testa cortada?

Vense asimismo en esa pintura, asomados a una portezuela varios caballeros asustados. Ese cuadro se titula *La Campana de Huesca* y en él, un pintor valenciano del pasado siglo, Casado del Alisal, ha perpetuado el hecho más

impresionante de la vida y del reinado de don Ramiro II.

Hallábase éste, antes de ser rey, muy ajeno a que las veleidades del destino (que así suele llamar el mundo a los designios de la Providencia) lo llevaran por fuerza a ceñirse la corona y a empuñar el cetro de un reino encrespado de hostilidades y minado de traiciones. Vivía en la paz de un convento, donde había hecho voto de todas las renunciaciones, porque Ramiro, aunque vástago de real tronco, no tenía temperamento para engolfarse en las luchas del mundo, antes sentíase inclinado a la meditación y el recogimiento.

Calculad cuál no sería el trastorno que había de producirse en su alma y en su corazón, cuando de improviso, quieras que no, de su celda lo sacaron unos hombres decididos y bien armados, para trasladarlo del reclinatorio monacal, al estrado del alcázar real de Huesca.

Y lo primero con que se encontró al iniciar su política como rey a la fuerza, doblegando sus naturales gustos ante la exigencia de las circunstancias, fué la envidia y la guerra. Su reino había de estar constituido por los territo-

rios de Aragón y de Navarra ; pero esta última le era disputada. Siempre la traición y el orgullo es lo primero que encuentra el hombre en el mundo ; ¡ tan ruin es nuestra condición, si nos entregamos al desenfrenado instinto y a las pasiones egoístas !

—¡ Ah, Señor ! ¿ A mí, que no quería reino alguno, queréis ahora humillarme haciendo que me sean disputados mis territorios ?—Así hubo de clamar el improvisado rey, que, como el Segismundo, de Calderón, en *La Vida es Sueño*, no acababa de cerciorarse de lo que estaba viendo y le pasaba, pues más bien era cosa de pesadilla que realidad.

Y, sin embargo, sus imploraciones eran estas :

—Creo, Señor, en lo que veo, porque Vos me lo habéis debido mandar, mas no permitáis que todo el oropel de la corte y las grandezas de este nuevo estado me cieguen de manera que me apaguen la fe ; no llegue a sucederme que esta inexplicable y vana realidad me nuble los ojos hasta no dejarme ver las cosas del Cielo, que es el único reino adonde quisiera

verme transportado, y no como dignidad, sino como último paje.

Y el bondadoso rey lloraría al ver cómo en su rededor ardían las hogueras de las luchas, y exclamaría así:

—¡No es perder ese reino de Navarra lo que me apena! Lo que más me aflige, es pensar que defenderlo sería cosa de armas.

Porque el piadoso monarca tenía un corazón puro, y los corazones puros, como los de los niños, son tiernos y no pueden sufrir que nadie sufra: ¡cuánto menos que el prójimo pelee en la guerra, vertiendo sangre y segando vidas!

Era necesario trasladarse a la capital de Navarra para solucionar el litigio de la sucesión de aquel trono por vía diplomática, a fin de evitar la guerra, y allá se fué don Ramiro... Mas antes de narraros la historia, es de todo punto necesario que sepáis lo que era aquella sociedad, cómo eran aquellas gentes y cuál el ambiente, el escenario histórico en que se movían.

De momento sorprende que un rey de tan delicados sentimientos y de tan piadosas cos-

tumbres, acabara, rodando el tiempo, por ser el riguroso, el implacable juez, que sentenció a los nobles rebeldes, cuyas son las cabezas que aparecen, como queda dicho, en el sangriento cuadro de Casado del Alisal. Pero es ley de contrastes el que los hombres menos indicados por su índole para realizar ciertos actos, sean los que los ejecutan. Por esta misteriosa ley, el pusilánime llega a ser héroe; el ignorante, docto; el malo, bueno, y el pequeño, grande. Ello quiere decir que nunca hay que juzgar a la ligera a los demás, ya que sólo Dios sabe de qué fuerzas ha dotado a la voluntad de unos y otros. Tened siempre un profundo respeto por la actitud del prójimo, porque, a lo mejor, sucede que el amigo es enemigo, y como en la *Campana de Huesca*, el bondadoso monje, impasible verdugo.

¿Cómo pudo llegar a eso? El hilo de la historia nos lo irá revelando amenamente. Hay un dicho tradicional que encierra el sentido de que nunca la debilidad ajena ha de darnos pie para abusar en provecho de nuestro egoísmo particular, y es así: «no hay enemigo, por pequeño que parezca». Y todavía encierran de

una manera más gráfica el simbolismo de la *Campana de Huesca* aquello de que «las cañas se vuelven lanzas», pues, en efecto, la altiva rigidez de los nobles que rodeaban a don Ramiro, se quebró como se troncha una caña del arroyo, en tanto que él se enderezó como de hierro. Veamos cómo sucedió el caso en la ruda ciudad de Huesca, allá por los años primeros del siglo XII.

## II

### ALFONSO EL BATALLADOR

Para que comprendáis, ante todo, queridos niños, cómo fué eso de que un religioso apartado del mundo, saliera del convento, llamado por voluntad expresa de todo un pueblo, hay que deciros algo de la familia de aquel extraño fraile.

Eranse dos hermanos de muy distinta condición. Llamábase el mayor, Alfonso; el otro, Ramiro. Hijos de rey, estaban elegidos desde la cuna para realizar empresas que condujesen prósperamente los destinos de su pueblo. Pedro I es el nombre con que se conoce a su padre en la Historia.

Fué éste un digno y emprendedor monarca, sucesor de Sancho Ramírez, que supo, con energía de voluntad y esforzado brazo, cimentar la obra que su padre le había legado,

consistente en un territorio que, ya a la muerte de Sancho Ramírez, a fines del siglo XI, se dilataba desde San Sebastián hasta el río Noguera Ribagorzana, y por la Rioja hasta las márgenes del Ebro. Esta amplitud de fronteras se debía a hazañas de aquella estirpe de monarcas que tenían por fundador del reino a Sancho Mayor de Navarra, el cual dejó el territorio comprendido entre los valles del Roncal y de Gistain a su hijo Ramiro I, con el título de rey. El nombre de Aragón proviene del río así llamado, que riega de parte a parte el primitivo y reducido solar.

Así, pues, los hermanos Alfonso y Ramiro, nacieron con la responsabilidad que da al hombre la alta condición de príncipe.

Su padre había realizado una obra muy considerable, que le valió el ensanchamiento de los territorios que luego heredaron sus hijos, y, además, la fama de haber colaborado en la magna empresa de la reconquista del patrio solar contra la invasión de los moros. Entre sus hazañas destaca la toma de la importante plaza de Huesca, presa de los infieles dominadores,

y que había de ser más adelante teatro de los episodios que vamos a relatar.

Gracias a las victorias de su padre, el hermano mayor heredó, unidas en una sola, las dos coronas de Aragón y de Navarra; y fué tan tenaz y afortunado en el ejercicio de las armas, que ha merecido pasar a la posteridad con el título de Alfonso I *el Batallador*. Justísima es esta denominación, pues, mientras el hermano menor, Ramiro, vivía pacíficamente en un convento, entregado a las más austeras disciplinas y a la más fervorosa oración, él no daba tregua a los moros, y llegó en sus audaces expediciones guerreras hasta la misma Andalucía y a la costa de Salobreña, bañada por el Mediterráneo. El fragor de sus armas y el retumbo de sus caballos estremeció toda la cuenca del Ebro, cuya ribera derecha había permitido el arraigo de los musulmanes invasores.

Apoderóse de numerosas ciudades y lugares, y la más insigne de sus victorias fué tal que merece ser recordada, pues que nos muestra el más brusco contraste con el carácter apocado y sensible de su hermano, puesto a prue-

ba al ser arrancado de su celda para ocupar el trono.

La tal empresa fué, al cabo de los años, como una repercusión de aquel otro hecho de armas, llevado a cabo por su padre, don Pedro, tomando la importante plaza de Huesca.

Corría el año mil ciento diez y ocho. En años anteriores algún otro rey cristiano había ya intentado lo que ahora iba a lograr definitivamente *Alfonso el Batallador*, al presentarse con su ejército animado del espíritu de las victorias, ante los imponentes muros de Zaragoza, que retrataban sus torreones y almenas en la corriente del cuadaloso Ebro.

No era empresa fácil, pues los moros se resistirían tenazmente a abandonar una ciudad que era eje estratégico de aquellas riberas, del cual dependía la sumisión de numerosas plazas de la región invadida, y aun más al sur, hacia Cuenca y Teruel. Así como el rey castellano don Alfonso VI, el que llegó a marcar las medias lunas de las herraduras de su caballo en la arena del mar andaluz, en Tarifa, el que dijo que hasta allí se extendería la España

de los cristianos, el que cifró toda su gloria en quebrantar por las armas de la guerra y de la política el poder de los musulmanes, así como Alfonso VI de Castilla, digo, superó sus hazañas con la toma de la estratégica plaza de Toledo, arrebatándosela en buena lid al pusilánime reyezuelo Cadir, así también estotro don Alfonso, rey de Aragón, que no dejaba dormir tranquilos a los vigías y centinelas moros, se propuso dar un golpe de gracia rindiendo a Zaragoza, conquista que traería otras muchas por de contado, dada la importancia y situación estratégica de esta capital.

Y como en mil ochenta y cuatro las tropas cristianas sitiaron la abrupta y enmurallada Toledo, cuyos ásperos y roqueños pies besa el caudal henchido del Tajo, en mil ciento diez y ocho el ejército brioso de los cristianos de Aragón puso asimismo cerco a la no menos altiva plaza de Zaragoza, y en no menos buena lid, las sombrías murallas que se alzaban con aspecto inexpugnable ante los ojos de los sitiadores, dejaron de llover venablos y proyectiles de piedra, y rindieron toda su fortaleza a las huestes de Alfonso *el Batallador*. Las blan-

cas banderas de tregua y rendición se alzaron sobre las murallas de Cesaraugusta, o Zaragoza.

Inmediatamente se rindieron, como consecuencia de esta victoria, numerosas plazas como Tarazona, Daroca y Calatayud.

El hermano de don Ramiro, estaba escribiendo con la espada las brillantes páginas de su reinado, enardecido por el ejemplo de los castellanos, que manifestaban una actividad guerrera constante. Aquellos reinos en formación, de los que más tarde había de surgir el poderoso Estado de los Reyes Católicos, gracias a la unidad ibérica que cerró con magnífico broche la historia de la Edad Media, realizaron una verdadera cruzada contra la media luna. Los españoles no pudieron tomar gran parte en las célebres cruzadas a Tierra Santa, predicadas por Pedro *el Ermitaño*, pero, en cambio, llevaron a cabo una verdadera cruzada en la misma Península Ibérica, cerrando las puertas de Europa, por este lado de occidente a los mahometanos. Alfonso *el Batallador* descuella en esta epopeya que duró ocho siglos.

Hasta los sucesos de Castilla, tuvo intervención el hermano de fray Ramiro, por su matrimonio con doña Urraca. Tal era su pundonor de guerrero acostumbrado a vencer, que su muerte fué causada por el sentimiento que le produjo el haber tenido que levantar el cerco a la ciudad de Fraga, a orillas del Cinca, no lejos de Lérida. Esta derrota, que tuvo por consecuencia tan gran tristeza en el ánimo del Rey, que acabó por hacerle morir de pesadumbre, acaeció en mil ciento treinta y cuatro, y a partir de esta fecha sucedieron cosas extrañas, entre las cuales culmina el episodio de *La Campana de Huesca*.



—¿Quiénes son esos que han cruzado la frontera?

### III

## UNOS MISTERIOSOS VIAJEROS

¿Quiénes son esos que han cruzado la frontera pirenaica, que visten lujosamente, como los nacidos en cuna de marfil, que preguntan a un campesino si la ciudad de Narbona es aquella que levanta sus muros y sus torrecillas en medio de la fértil llanura de la parte oriental del Mediodía de Francia? ¿Quiénes son, que tan difíciles de entender por su habla extranjera se le hacen al labriego que, medrosamente, les señala con el índice la ciudad donde está enclavado un monasterio, que es la casa que ellos buscan? ¿Qué poderosos señores serán esos viajeros apuestos, de rozagantes atavíos y lucientes armaduras, algo deslucidos y ajados por el cansancio y el polvo de un largo viaje? Poderosos deben de ser cuando los escolta un nutrido grupo de soldados y laca-

yos. Su jerga es, la que constituye el naciente romance de la vertiente sur del Pirineo, entremezclada de voces moriscas o aljamiadas, con tal o cual vocablo gótico o hebraico, y llena de corrompidos latinismos y acentos de indudable sello indígena aragonés.

A lo largo del camino, entre arboledas y verdíos, forman un pintoresco friso con los colores vivos y densos de sus mantos o capas, bajo los cuales se ocultan las lorigas y la correa que sostiene al costado las anchas espadas.

Son los hijosdalgos, los próceres aragoneses, los que vieron rendirse a las armas de Alfonso *el Batallador* la altivez huraña de los muros de Zaragoza, los que, le acompañaron en el fracaso de Fraga, los que, enterraron al valeroso monarca, rindiéndole vasallaje hasta al borde de la tumba. Ellos son los que han dado pie con su temple recio y orgulloso, a la famosa leyenda, que en vano el tiempo quiso destruir.

Los campesinos les señalan con el dedo. En los mesones han ido dejando buena ganancia para los que les dieron albergue, llevan un mal intérprete y guía que pregunta de vez en cuando a los naturales del país si llevan bue-

na orientación ; por todas partes han ido dejando una despierta curiosidad y un fuerte sabor de misterio.

Son arrogantes, tienen una dureza feudal en la mirada. Es indudable que van decididos a algo. Cualquiera de ellos podía ser rey, pues a pesar de lo ajados y rendidos que les ha parado el viaje de tantas jornadas que han hecho desde España, tienen un prestigio de cortejo de príncipes. Y no es falta de deseo y de orgullo lo que les impide el disputar la corona del reino de Aragón, que quedó sin cabeza que la sustentase, lo que les mantiene en meros vasallos, aunque ricoshombres, sino el miedo que ellos mismos se inspiran. Y el uno por el otro, buscan rey legítimo a gusto de todos. A eso se debe su viaje, pues saben que el hermano del difunto Alfonso, no podrá dejar de seguirles, por grande que sea su amor a la vida del convento, como ellos se propongan hacérsela cambiar por la vida de la corte, a las buenas o a las malas.

Así empieza a ser fray Ramiro, sin sospecharlo, elemento inconsciente de la política recelosa de los nobles de Aragón. La sociedad

de aquel reino había quedado compuesta de nobleza, clero, pueblo y una corona sin sucesión, como fray Ramiro no se la ciñera. A estos estados sociales hay que añadir el poder monástico, que ejercía verdadero influjo en la vida pública, pues contaba con grandes monasterios organizados como verdaderos pueblos o granjas, en las que se concentraba la actividad de numerosas gentes. Todavía quedan restos de aquellas formidables abadías, conservados como reliquias del arte, tales como el real monasterio de Poblet, el de benedictinos de Santa María de Sobrado y el Mont-Aragón, donde, como vamos a ver, sucedió una misteriosa escena de esta verídica historia.

Así, pues, vemos tantos poderes y ninguno indicado para ser investido de realeza. Y en este crítico momento histórico, hemos de dar paso en la narración a esas rozagantes gentes que, sobre recias cabalgaduras, avanzan cansina y ordenamente por la carretera de la ciudad provenzal de Narbona.

Entre ellos va un clérigo, y creemos adivinar este diálogo que sostienen por lo bajo éste y uno de aquellos osados aragoneses que se han

permitido cruzar la frontera, acompañados de algunos hombres de armas :

—Decidme, Pedro Tizón, ¿creéis que la guarnición de Narbona ha de abrirnos paso franco?

—¿Cómo no, si intercede la Iglesia por boca de vuecencia?

—Mis ropas talares—responde el canónigo, que es quien inició el diálogo—acaso no inspiren el menor respeto a la soldadesca.

—¡ Voto va ! al gabacho no le trae cuenta el indisponerse en estos momentos con unos vecinos tan de pelo en pecho como nosotros y más largos en acciones que en palabras.

—Pero luego adivino otra dificultad.

—Reverendo, tenéis más tropiezos en la mollera que estas malas carreteras de nuestra peor jornada.

—Mis razones tengo, don Pedro, que un prior no se deja arrancar así como así a una de sus ovejas del claustro.

—El prior de ese príncipe que fué abad de San Ponce de Tomares, Tomeros, o como el diablo quiera que se llame, no hará sino lo

que nuestras insinuaciones o nuestras amenazas le digan.

—Pero aun hay más.

—Sois más duro de «peros» que de huesos este caballo que me trata como un costal. ¿Qué otro peligro se os presenta?

—El que fray Ramiro antes se deje matar que llevar a sufrir el peso de la corona.

—¡A nadie la amarga un dulce! Y las coronas vistas desde un convento se antojarán, a no dudarlo, mucho más llevaderas que en los palacios reales.

—Entonces vamos a usar de la sorpresa. ¿Engañaremos a fray Ramiro diciéndole que el reino que le ofrecemos es una balsa de aceite?

—Si él se resiste, usaremos de lo que haya menester—, responde secamente don Pedro Tizón, a quien ya cansan los temores del eclesiástico. Y clavando las espuelas en los ijares de su caballo, va a ponerse a la cabeza de la caravana, como dando a entender con este animoso acto, la inquebrantable resolución de su voluntad.

## IV

### EN DEMANDA DE REY

«Deo gracias, devotos Padres,  
dadnos al monje Ramiro  
que su hermano el rey Alfonso  
ha fallecido sin hijos.»

(Anónimo. *Romancero general*)

Toda la población de Narbona (1) acudió, extrañada, al ver llegar a aquellos personajes desconocidos, que bien se veía no iban en son belicoso, por lo desorientados que andaban. Era indudable que ellos mismos no estaban seguros del camino que llevaban; pero no tardaron en hallarse ante un edificio austero que no podía confundirse con las granjas y las casas particulares, ni con las residencias de los nobles. Aquel era el monasterio que busca-

---

(1) La historia llena de oscuras contradicciones en este período supone al mismo tiempo, que Ramiro ostentaba la dignidad episcopal en Roda a la sazón de las cortes convocadas por los aragoneses para designar candidato a la realeza.

ban. Asustóse el lego portero viendo por la mirilla aquel aguerrido grupo de visitantes, y fué preciso que el abad diese orden de abrir la puerta, percatado de la alta alcurnia que revelaban los forasteros.

Estos dieron a entender que venían de Aragón, en busca de rey. Mas como quiera que el bondadoso abad no acabara de dar crédito a tan imprevista manifestación, temió que la dificultad del idioma no les permitía entenderse claro, ya que no era posible que ellos dijeran como él creía, que acudían a la casa del Señor, en busca de un monarca para dirigir destinos del mundo.

Ocurriósele entonces que lo más razonable sería buscar un intérprete, y fué así cómo mandó avisar a un monje beatísimo llamado Ramiro, que había sido Abad en Tomeras por el año mil noventa y tres. El monje aragonés, acudió sumisamente al mandato de su superior. Saludó silenciosamente, moviendo la cabeza, y con las manos metidas en las anchas mangas y los ojos puestos en el suelo esperó ser preguntado, como si la presencia de los rícoshombres le tuviera muy sin cuenta.

—Ved lo que dicen estos caballeros—le ordenó el Abad. Y dirigiéndose a ellos les dió a entender que aquel monje era aragonés y que se entenderían con él.

—Venimos por un monje, a quien tenemos que llevar con nosotros—dijo uno de los más señalados, que debía de ser Pelegrín de Castellezuelo o Pedro Tizón.

—¿Intentáis sacar a un monje al mundo?

—Tenemos que poner en el trono de Aragón al hermano del rey muerto. Así se ha decidido en las cortes de Borja.

El Abad que seguía con la mirada el efecto que el diálogo causaba en el ánimo del religioso, notó que éste se turbaba y doblaba mucho el cuello como esquivando que le viesen de frente. Y el buen monje, oyendo que su hermano había muerto y que era a él precisamente a quien buscaban, palideció y preguntó por disimular :

—¿No ha dejado sucesión vuestro rey?

—No ha dejado como sucesores del reino sino a tres órdenes religiosomilitares : los Templarios, los del Santo Sepulcro y los de San

Juan de Jerusalén son los indicados por el rey para regir los destinos de nuestra tierra.

A esto intervino el superior, interrogando ; y el monje Ramiro díjole :

—Estos caballeros vienen por mí. Necesitan un rey que suceda en el trono a mi hermano don Alfonso—que en gloria esté—, y no han tenido mejor idea que ésta.

Santiguóse el Abad, en tanto que Ramiro, interpretando su asombro, contestó por él a los hidalgos aragoneses :

—Pues si la voluntad de don Alfonso ha dispuesto, que os rijan las órdenes religiosomilitares, ¿cómo intentáis cometer el doble pecado de atropellar ese testamento, arrebatando, además, un alma al servicio de Dios?

—¿Cómo sabéis que nuestro Rey se llamaba Alfonso—? preguntóle uno de ellos.

No acertó a responder sino que era imposible que un monje dejara su tabardo y saliera de los muros del monasterio. Pero el mismo que le hiciera tan comprometedor pregunta, acerósele con impertinencia, escudriñándole el rostro. Por fin exclamó :

—No sigáis disimulando, don Ramiro, que

por más que estéis cambiado, no podemos dejar de reconocerlos.

Y dirigiéndose al Abad, el monje le pidió permiso para retirarse a orar por el alma de su hermano, y para ocultarse de aquellos que le buscaban y le habían descubierto. Disponíase el buen religioso a desaparecer por donde había venido, sin más ceremonias, cuando se encontró con que todas las puertas estaban ocupadas por un caballero que le cerraba el paso.

—Infanzones aragoneses—dijo entonces el piadoso Ramiro—, ¿creéis que un monje infeliz ha de gobernar mejor que las tres ordenes a las cuales mi hermano ha legado su reino? —No queremos que nos gobierne orden religiosa de ningún género — respondieron ellos—, sino un rey responsable de sus actos.

En esto los ricoshombres eran consecuentes con la costumbre, pues, aunque en Navarra la autoridad real era más fuerte que en Aragón, no obstante la existencia de señores feudales, puesto que la administración de la justicia le pertenecía plenamente, no querían exponerse los nobles aragoneses a que cambiaran las cosas en su tierra ; y la idea de verse sometidos a

las órdenes religiosomilitares, tan poderosas en la Edad Media, o de que el conquistador rey de Castilla, se apoderase de Aragón, les causaba verdadero miedo. No querían ellos perder de la mano las trabas con que ponían limitaciones a la acción real. Querían seguir siendo ellos los que determinarían con su consejo cuándo convenía celebrar Cortes y hacer tregua, paz o guerra. No estaban dispuestos a no seguir participando de los repartos de tierras a que el Rey venía obligado en las conquistas, ni a dejar de sujetar la voluntad del monarca a los fueros y leyes o privilegios de que gozaban la nobleza y las villas.

No es difícil comprender que los nobles aragoneses vieran en el príncipe—monje un candidato ideal para sus fines, pues que ni era diestro en las artes de la guerra ni había educado su voluntad y su talento en la política del mundo. Ramiro *el Monje*, depuesta la cogulla por el manto real, la cruz por la espada y la capucha por la corona, sería el juguete de las conveniencias de aquellos señores feudales. Manejaríanlo a su capricho y, en rigor, el señor sería siervo inconsciente de sus vasallos.

He aquí por qué no podía interesar en manera alguna a los ricos hombres aragoneses cumplir la voluntad póstuma de Alfonso *el Batallador*, y por qué parecíales indicado que a un guerrero sucediese un fraile.

Así es que en aquella ocasión, hombres al fin y al cabo largos en acciones y cortos en palabras, desenvainados los aceros, dejaron que hablase por sí sola la lengua de las espadas.

El Abad vió perdida la causa y comprendió que no había manera de salir de la celada sino dejando que el monje Ramiro partiese para su tierra y se las entendiera con los suyos, jurando, o no, los fueros, y obrando libremente en tan delicada materia.

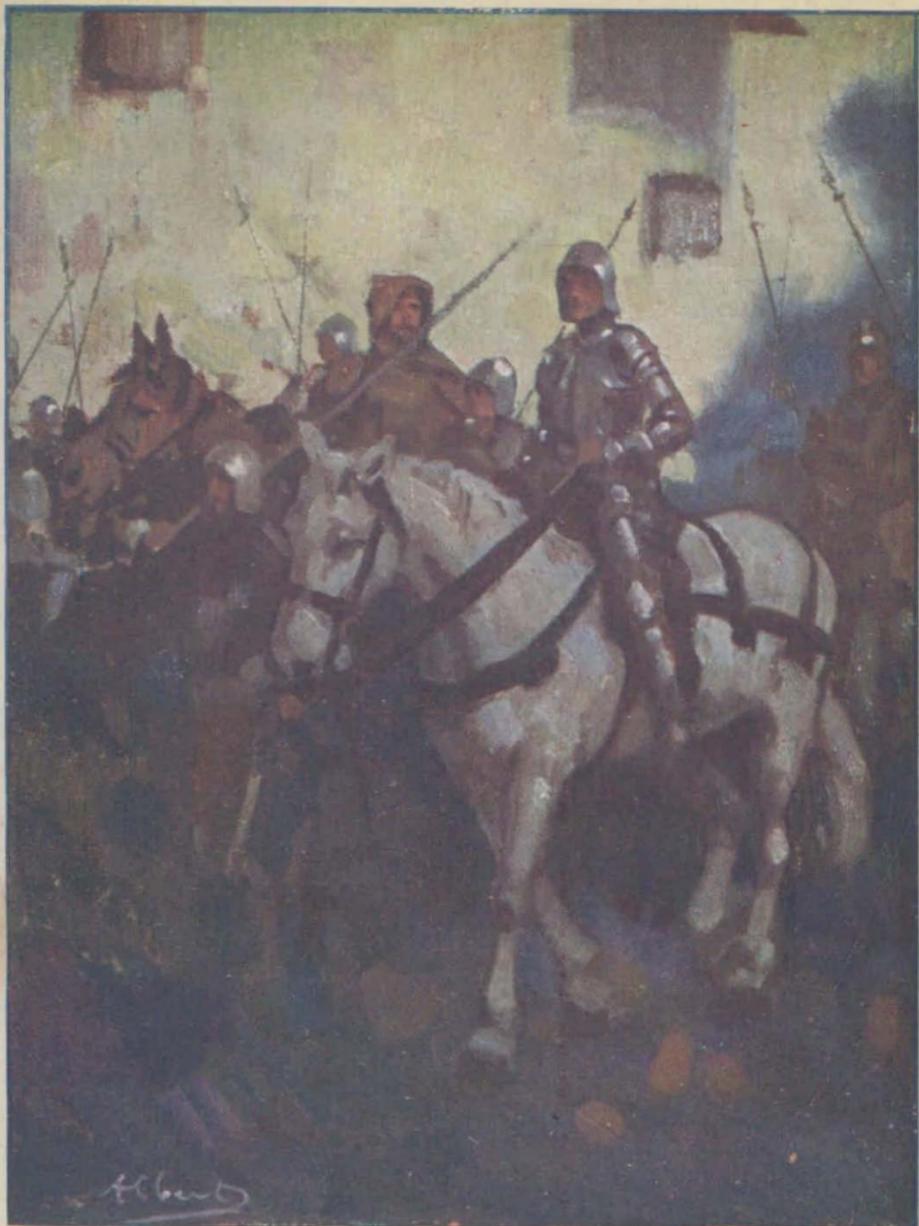
—Os halláis, hijo mío, dijo al monje que iba a ser rey, entre dos voces que bien pueden ser una misma y sola voz del Cielo, percibida por distintos caminos: una os ordena servir a Dios por medio del ascetismo y de la oración; la otra os dice que debéis servir a Dios dirigiendo hacia El las aspiraciones de todo un pueblo.

Estas palabras eran un consentimiento. Los altivos aragoneses comieron aquel día en el refectorio del convento, espléndidamente ser-

vidos por los legos, los cuales, en su menguada imaginación, se sentían orgullosos porque de su casa conventual salían príncipes para gobernar reinos, y esta pequeña vanidad vencía los escrúpulos, sin escándalo, que pudiera inspirarles el que fray Ramiro quebrantase los votos hechos al profesar en el estado de religión. El canónigo no cesaba de dar gracias a Dios porque la misión más difícil se estaba llevando a cabo sin violencia; tanto, que el mismo Abad gestionó cerca de las autoridades de la localidad, que los osados extranjeros no fuesen molestados por nadie.

Aquella misma noche, amparados por el sigiloso manto de las sombras, salieron del monasterio y se alejaron de la ciudad, burlando la curiosidad y las habladurías de los narbonenses, aquel puñado de decididos españoles, entre los cuales iba, más como prisionero que como libertado, un triste y confuso monje, que creía estar sufriendo la más extraña de las pesadillas.

Tan importante y desusada resolución no podía dejar de ser anotada por los cronistas y



...más como prisionero que como libertado...

cantada por los rapsodas. Y envuelve tan raro misterio a la figura del príncipe-monje, que este suceso de su vida ha inspirado varios romances, de los cuales, queridos lectores, hallaréis una muestra a continuación.

## LA VOZ DEL ROMANCERO

—Deo gracias, devotos padres,  
dadnos al monje Ramiro,  
que su hermano el rey Alfonso  
ha fallecido sin hijos.  
Navarros y aragoneses,  
traen entre sí homecillo,  
que si no es de real sangre  
no quieren otro caudillo.  
Cada cual pretende el reino,  
y a Dios hará más servicios  
en pacificar sus tierras  
que en el ser monje bendito.  
El buen Ramiro se excusa ;  
mas razón no le ha valido,  
que vence necesidad  
que de ley ha carecido.

Sácanlo del monasterio  
sin ser de nadie impedido :  
llévanlo a jurar a Huesca,  
y por rey lo han elegido.  
Deseoso está el buen rey  
por ejercitar su oficio  
de capitán valeroso  
contra el morismo y gentío.

Así reza la canción anónima del Romance-ro General. La musa popular, con su maravillosa intuición, nos abre un resquicio para vislumbrar la disposición de ánimo del que iba a ser coronado contra su vocación, y así nos permite suponer al monje ilustre animado de las más rectas intenciones. ¿No era posible salvar de otra manera la situación? Pues cuando menos desempeñaría su cargo practicando la justicia, para lo cual es menester no escasa perfección espiritual. Asimismo ejercería su poder en la eliminación de lo malo y herético, para lo cual no tenía inconveniente en estar «deseoso de ejercitar su oficio de capitán valeroso». Y sus enemigos no serían más que los que alimentan bajos instintos, el

gentío procaz y por otra parte los enemigos de la fe, o sea la morisma.

Aquella noche, fray Ramiro se vería sorprendido en desvelo por la campana que llama a la oración de maitines. Lloró contemplando el cielo por la ventana de su celda. Siempre los cambios bruscos de vida despiertan intensa emoción, así cuando despedimos a un viajero amado, como cuando partimos de una tierra donde habíamos vivido largo tiempo. ¿Cuán intensa no sería, pues, la emoción de don Ramiro, si la tierra que él dejaba no era de este mundo, sino que pertenecía a las regiones del amor divino? Aquellos muros blancos del convento habían sido testigos y compañeros de sus días y sus noches, de sus anhelos y sus congojas, y de sus alegrías también; y ahora, de improviso, tenía que renunciar a la paz interior para hundirse esforzadamente en la vorágine de los asuntos de la tierra.

## V

### CRUZANDO LOS PIRINEOS

Durante el penoso viaje, pasó el ilustre monje Ramiro grandes congojas sin acabar de salir vencedor de las primeras batallas que se le presentaban, que eran las de la conciencia, Pero todo tiene fin en este mundo, y el séquito llegó a la postre a la ciudad de Huesca, donde con el barullo de las fiestas con que se le recibió, sintió fray Ramiro ahogar un poco sus voces interiores.

Gracias a la compañía del canónigo, tuvo en el viaje ocasión de dar alguna expansión a su afligido espíritu, pues el clérigo, a fin de cuentas, era un alma de Dios, que se limitaba a cumplir órdenes superiores, y apenas se veía un poco separado de los caballeros con el religioso capturado, le prodigaba palabras alentadoras, con que su buen deseo, más que sus

convicciones, pretendía hacer brotar una esperanza en el corazón de don Ramiro, acerca de las excelencias del nuevo estado que iba a abrazar.

—¿Habéis visto, monseñor, en qué forma hablaban esta noche, de sobremesa, los que se llaman mis vasallos?

—No sé a qué os referís, porque imposible era percibir una sola palabra desde el ángulo que nosotros dos ocupábamos.

—A eso, precisamente me refiero, a que no revelan nunca sus intenciones. Ese murmurar palabras que yo no puedo oír, me llena de temores y recelos.

—Sois suspicaz. La vida del claustro os ha privado, sin duda, del exacto conocimiento de los modales de los hombres del siglo. Obran así por su rudeza natural. Nuestra tierra cría hombres broncos y ásperos como ella.

—No; yo diría que he sorprendido entre esos que aparentan rendirme pleitesía, algunas miradas de traición.

Y el canónigo, que sabía cuánto de cierto podía haber en las aprensiones de don Ra-

miro, por toda contestación, al llegar a estas afirmaciones, se santiguaba.

Más de una vez habían platicado de esta suerte, en las sórdidas habitaciones de los hospitales donde la comitiva se recogía para hacer noche; más de una vez a don Ramiro le sorprendió el alba en desvelo de oración y de consideraciones sobre su suerte. Y al día siguiente, rendido de cuerpo y alma, tenía que reanudar la marcha, en viejos coches de alta carretera y sobre el lomo de una caballería hecha a las veredas y breñas de los montes.

Una mañana, al salir de un caserón donde habían pernoctado, mientras los soldados y criados aprestaban las bestias para la marcha, don Ramiro tuvo una visión extraña. Hacía un frío intenso y los primeros resplandores del alba resbalaban sobre las crestas del Pirineo, blanquísimas de nieve. El aire estaba inmóvil y claro; al fondo de una vallada se vislumbraba un caserío perdido entre bosques y peñas, y de todas partes se levantaba la canción del agua, que corría por fuentes y cauces, como una bendición y una alabanza de la Naturaleza: alabanza a Dios; bendición a las cria-

turas. Iban a cruzar la frontera. Al otro lado estaba España, vivero de reinos y condados. El príncipe-monje se estremeció. Más intenso que el frío que invadía su cuerpo, era el que traspasaba su alma. Y no tuvo otra visión sino la de que aquella inmensa capa alta de nieve, era imagen de una bandera de paz tendida sobre los reinos; y volviéndose don Ramiro al bueno del canónigo, que no tenía mangas bastantes donde meter las manos para resguardarles del frío, le dijo así:

—Acabo de tener, monseñor una revelación que me conforta.

—¡Gran alegría me da—repuso, en verdad animado el canónigo—el oírlos por vez primera una palabra de conformidad y optimismo. Sólo llevamos andado medio camino, y ya empieza a operarse un cambio en vuestro corazón. El pisar nuestra tierra y respirar nuestro aire os dará la entereza que necesitáis.

—Hay una bandera de paz desplegada sobre las fronteras—le dijo el príncipe—. Y esa enseña, tejida en los cielos, como la nieve, me dice que el mantenerla intacta, sin desgarrar-

nes ni manchas de sangre es la misión de los reyes.

El canónigo veía complacidísimo aquella reacción del ánimo de fray Ramiro, y toda la primera etapa de aquella jornada la pasó haciendo comentarios a los derechos y deberes de un rey. Rey se había llamado Jesucristo, y es que este título no está reñido con las cosas santas. Tales eran las razones del eclesiástico.

Con eso y con la emoción de volver a pisar la tierra nativa, don Ramiro sintió que la sonrisa renacía en sus labios. Aquel primer destello le aligeró de tal manera que se puso a la cabeza de la expedición, lo cual disgustó a los nobles, que no podían sufrir que se les llevase la delantera.

—Habéis olvidado, don Ramiro—le gritó uno de ellos—que a ese paso os alejáis de nosotros, y que vos sólo podríais perderos.

—No os juzguéis libre, señor —agregó otro—, que la libertad de los reyes se apoya en la voluntad de los vasallos que los defienden y velan por ellos, y entre los cuales debe de verse siempre amparado.

Y como si estas paabras fuesen un conjuro, o una contraseña convenida por los próceres y sus soldados, hubo un rápido trote de caballos, y al acto don Ramiro se vió con que no podía ir solo al frente de los vasallos, sino que éstos le rodeaban en apretado círculo de sonrisas forzadas y de atenciones hipócritas.

¡ Cuán breve fué aquel momento de ilusión ! Ya no le parecían una bandera de paz las amplias nieves, sino sudario de su voluntad y de su albedrío. Aquel episodio, al parecer sin importancia, fué la primera experiencia dolorosa que el mundo hacía sufrir al conturbado religioso.

## VI

# ES ELEGIDO RAMIRO *EL MONJE* PARA REY DE ARAGON

•Al morir Alfonso I *el Batallador*, había dejado el reino a las tres órdenes religiosomilitares del Temple, del Santo Sepulcro y de San Juan de Jerusalén. Convocadas cortes en Tizón, fué propuesto don Ramiro.

Fué un espléndido día aquel en que don Ramiro llegó rodeado de sus caballeros, más rendido de alma que de cuerpo, a la ciudad de Huesca. Hacía un frío penetrante, pues que mediaba el mes de diciembre; pero brillaba el sol. Grandísimo era el júbilo con que los honrados burgueses de Huesca inundaban calles y plazas, a juzgar por cierto obscuro cronista, más dado a pintar detalles típicos que a

dar fechas y nombres. A orillas del Isuela fué hallada esta crónica, en una de aquellas huertas de suelo verde y pobladas de árboles frutales, cuyas bardas y setos se sustentan en las piedras robadas a los muros de Huesca. Dice así el narrador :

«¡ Triste crónica es esta para encontrada en tan deleitable lugar. Mas si bien se advierte, basta apartar los ojos del paisaje inmediato y dirigir la mirada a la ciudad, para comprender que en aquel pétreo cercado bien pudieron, como dice la historia, vivir doña Inés y don Ramiro : el rey-monje, y la reina, ni esposa, ni viuda, ni doncella.»

En efecto, el visitante puede comprobar que aun quedan en pie algunas de sus noventa y nueve torres, obscuras unas y fatídicas, risueñas otras y esbeltas, con el disfraz de miradores y azoteas cuidadosamente blanqueados, a lo largo del Coso. La puerta—*Desircata*—descúbrese aún arrimada a un convento de monjas, de estilo gótico. También se ve un ochavado torreón, cuya ancha bóveda, hace siete siglos, sostuvo la famosa *Campana de Huesca*. Menos alto está que entonces, pero no

menos firme y obscuro. Las bizantinas columnas de San Pedro, viejas ya en el siglo XI, dan sombra aún al peregrino y piadoso recogimiento del penitente. Y amenazan el llano todavía las lejanas torres de Mont Aragón, no menores en fortaleza que las vecinas montañas donde fué el «Salto de Roldán». Ciudad lóbrega y triste para quien sólo busque el placer de los ojos : agradable para los que prefieren ver las tumbas de los héroes y visitar los lugares donde acontecieron las más altas hazañas de la historia patria.

Estas evocaciones ayudan a formarse idea de lo que era el escenario en donde entró don Ramiro con su séquito, siendo causa de que desde las primeras horas de aquel día, fuese tan grande el júbilo con que los honrados ciudadanos de Huesca celebrasen la llegada del que iba a ser su nuevo rey.

Todas las casas estaban engalanadas con cortinas de colores varios y ramas de ciprés recién cortadas, y alfombradas las calles con juncias y siemprevivas, y con arcos a mucha altura levantados y compuestos con hojas de

álamos y castaños, arrancadas en los sotos del Isuela.

Los villanos (*rustici*) de la famosa hoya de Huesca acudían a las puertas de la muralla de tierra que a la sazón cercaba los arrabales ; y, reuniéndose en ella con los cultos oscenses, que al propio tiempo desocupaban sus casas, agolpábanse todos en tumulto a los robustos arcos flanqueados por altas y fortísimas torres redondas que a lo interior de la ciudad daban entrada.

Oíanse allí frases de muy distinto origen y sonido. Quiénes hablaban entre sí, a solas la extraña y solitaria lengua *éuscara* que conserva aún en alguna de sus vertientes el Pirineo ; quiénes, y no eran los menos, se comunicaban con unos y otros en el latín corrupto de los hispanorromanos ; quiénes parecía que pusieran particular cuidado en pronunciar ciertas voces germánicas, como para dar a entender origen godo ; quiénes ostentaban su carácter de francos o extranjeros con su frecuente afirmación en *oc*, o su marcado acento *bearnés*. A algunos se les escapaba de cuando en cuando tal o cual exclamación en pura lengua

árabe; otros se solían lamentar, entre dientes, de los percances ordinarios del bullicio, en el habla misma con que Isaías y Jeremías de mayores desdichas se lamentaron; muchos de la plebe corrían de acá para allá, procurando que todos entendiesen por igual una especie de jerga o jerigonza que algo sonaba ya al moderno romance castellano; no pocos, por último, de los hombres buenos y bien portados, que en sus maneras y trajes claramente parecían aragoneses, con cierta afectación de superioridad y buen gusto delectaban un dialecto que tenía el propio dejo del lemosín, que todavía usan gentes españolas.

Pero menor que la del idioma era la diversidad de los trajes...

Ocupaban las pequeñas y mal repartidas ventanas de las casas las damas principales; todo el señorío, podía decirse, de Huesca y de las vegas del Gállego, del Aragón y del Ebro. Y era de ver aquella multitud de mujeres risueñas con sus mantos de *bruneta*, que era tela de fina lana, y sus manteletas forradas de piel de conejo; con sus vestidos de *cendat*, donde ya campeaba la rica seda, y de escarlata; con

sus rostros y sus ojos, que acaso produciría no menos lindos que ahora el arte inagotable de la Naturaleza.

El gentío y variedad mayor estaban en las estrechas calles y plazas. Allí revueltos y confundidos se miraban los caballeros (*militēs*) con sus *garnachas* o balandranes, y sus *capirotes* o gorras rematadas por la parte inferior en esclavinas que caían sobre los hombros. Allí los ciudadanos y gente común (*burgueses*) con sombreros y capas guarnecidas con pieles de corderos. Allí los moros mudéjares, todavía recién conquistados, con sus resplandecientes albornoces y turbantes. Allí el almogávar, que por primera vez bajaba acaso de la montaña, o vascón, o godo, o hispano-romano, que no era fácil, por cierto, averiguar el origen de ninguno de ellos, aunque todos iban cubiertos por el ancho capuchón de malla que les caía hasta las rodillas, y con la piel de toro o de lobo amarrada con una soga a la cintura; armados con su corta y ancha espada, y con los dardos que consistían en palos de encina o roble sin descortezar, y puntas de hierro de cuatro lados, afiladas contra las piedras. Gente esta

última de mal ver y de poco cristiana catadura, que andaban con singular desembarazo, mirando, con más desprecio que asombro, las pintadas telas y el limpio metal que ostentaban las otras gentes.

No era todo, sin embargo, motivo de algazara y fiesta, pues mientras estaba a punto de salir investido oficialmente el nuevo candidato al trono que presentaban los aragoneses, en Navarra se fraguaba una separación.

Los representantes de los navarros, en la reunión celebrada en Borja después de la muerte de Alfonso *el Batallador*, habían discrepado del criterio de los aragoneses, y se retiraron, dispuestos a ir a Navarra y hacer allí proclamar independientemente a otro Rey. También en dichas cortes había habido dudas sobre la elección de un descendiente ilegítimo de Alfonso I, don Pedro Atarés, hijo del conde Sancho, el cual juega un importante papel en esta historia.

—Puesto que vuestra oposición es tan insistente—exclamó uno de los representantes navarros, de carácter muy indómito—, yo me re-

tiro, y en Pamplona decidiré con los nuestros, cuál es la candidatura que nos conviene.

Así terminó aquella reunión de Borja ; pero entonces se levantaron los señores aragoneses de Castellezuelo y Tizón, y declararon que su voluntad era proclamar rey a don Ramiro.

Y ya hemos visto cómo cumplieron su palabra.

Una vez en Huesca el candidato de los nobles de Aragón, toda la ciudad rebullía de curiosidad y entusiasmo, en espera de la ceremonia en que se jurarían los fueros y derechos de los nobles y el respeto debido por el Rey a los Privilegios de las villas, ceremonia que terminaría con la solemne coronación de don Ramiro, en tanto que los navarros procedían, a la coronación de otro rey propio, García Ramírez, nieto del Rey de Navarra, Sancho de Peñalén.

Este acto de los navarros de proclamar Rey por separado, había de dividir de nuevo los reinos de Aragón y Navarra, y traería conflictos de Estado, como si los ya existentes a causa de las conquistas castellanas y de las incursiones fronterizas de los moros, no fueran

bastante y aun excesivos para tener que ser afrontados por un rey improvisado, más apto para la oración que para los negocios de la diplomacia y de la guerra. Y este hecho de la coronación de García Ramírez, por un lado en Pamplona, y, por otro, de Ramiro *el Monje* en Huesca, es el que motiva la alusión del romance que dice :

«Navarros y aragoneses  
traen entre sí homecillo,  
que si no es de real sangre  
no quieren otro caudillo.»

Pero volvamos a ver lo que pasaba en la ciudad de Huesca, que ya la ceremonia de la jura y la coronación había hecho repicar las campanas y engalanar de fiesta las casas, con guirnaldas y colgaduras.

## VII

### LA CORONACION

En una plazoleta donde el abigarrado gentío se aglomeraba formando una marea humana, alzábase la *Misleida*, antigua mezquita arrebatada con toda la ciudad al moro Ebn Hud por los cristianos de Aragón y convertida por el rey don Pedro en santa catedral para el culto romano.

Tan apiñado estaba el público, ávido de presenciar la ceremonia que iba a celebrarse en el interior de la basílica, que por más que ésta abriera de par en par sus puertas, se hacía imposible a todos la entrada. En medio de las apreturas, trasladémonos allá con la imaginación, y abrámonos camino, a duras penas, hasta situarnos en un punto estratégico, que puede ser el de las numerosas columnas, de capiteles varios, del templo, que no parece sino

un bosque de mármol simétricamente plantado.

La ceremonia anda ya muy avanzada cuando llegamos a empinarnos sobre las gradas de un altar lateral para mirar sobre las cabezas. El nuevo rey, don Ramiro, después de haber velado las armas toda la noche, según ordenaba la ley del Fuero, había oído Misa y comulgado, dando, sin duda, eminente ejemplo de fervor, y ofreciendo luego, ante el altar, púrpura y oro en monedas, las primeras batidas en su reinado.

La comitiva, compuesta de numerosos preladados y caballeros forma como una muralla de honor muy bien compuesta en semicírculo cerrando el presbiterio entre el pueblo y el altar mayor.

Ocho ricoshombres de los mejores del reino alzan sobre un pavés a don Ramiro, gritando al propio tiempo muy esforzadamente:

—¡Real, real, real!

Y los circunstantes repiten todas tres veces el grito.

Entonces el rey, desde lo alto del pavés, arroja a la muchedumbre copia de monedas

nuevas, que podrían valer hasta cien sueldos de Jaca.

Luego ponen el pavés en tierra los ricos-hombres. Y acercándose el rey al altar, toma primero de allí la corona, resplandeciente de ricas piedras verdes y rojas, y la espada hecha a semblante de cruz.

Cíñese por sí mismo una y otra, como en señal de que ningún otro rey terrenal tiene poder sobre él, ni a nadie en el Mundo era en deber de su autoridad y soberanía.

Don Ramiro ha andado un tanto torpe en el ceñir de la espada, como si no estuviese acostumbrado a ello; verdad es que en toda la ceremonia se muestra el rey embarazado y con menos majestad que conviene.

Pero, bien o mal, ello es que se ha puesto la espada y corona, y luego se encamina a un tablado, dispuesto a la mano derecha del altar y ricamente revestido de tela de seda, con las primitivas armas de Aragón aquí y allá bordadas. Encima del tablado hay una silla de ébano, con primorosas labores de nácar y marfil, y aun tal cual de plata, en la que el

rey se sienta, aguardando que llegue el reino a tomarle juramento.

Sube primero el arzobispo de Zaragoza, acompañado de otros dos prelados, y poniéndole delante la cruz y los Santos Evangelios, dice :

—¿Juráis ser fiel a la Santa Iglesia Católica, y obediente a sus príncipes y prelados?

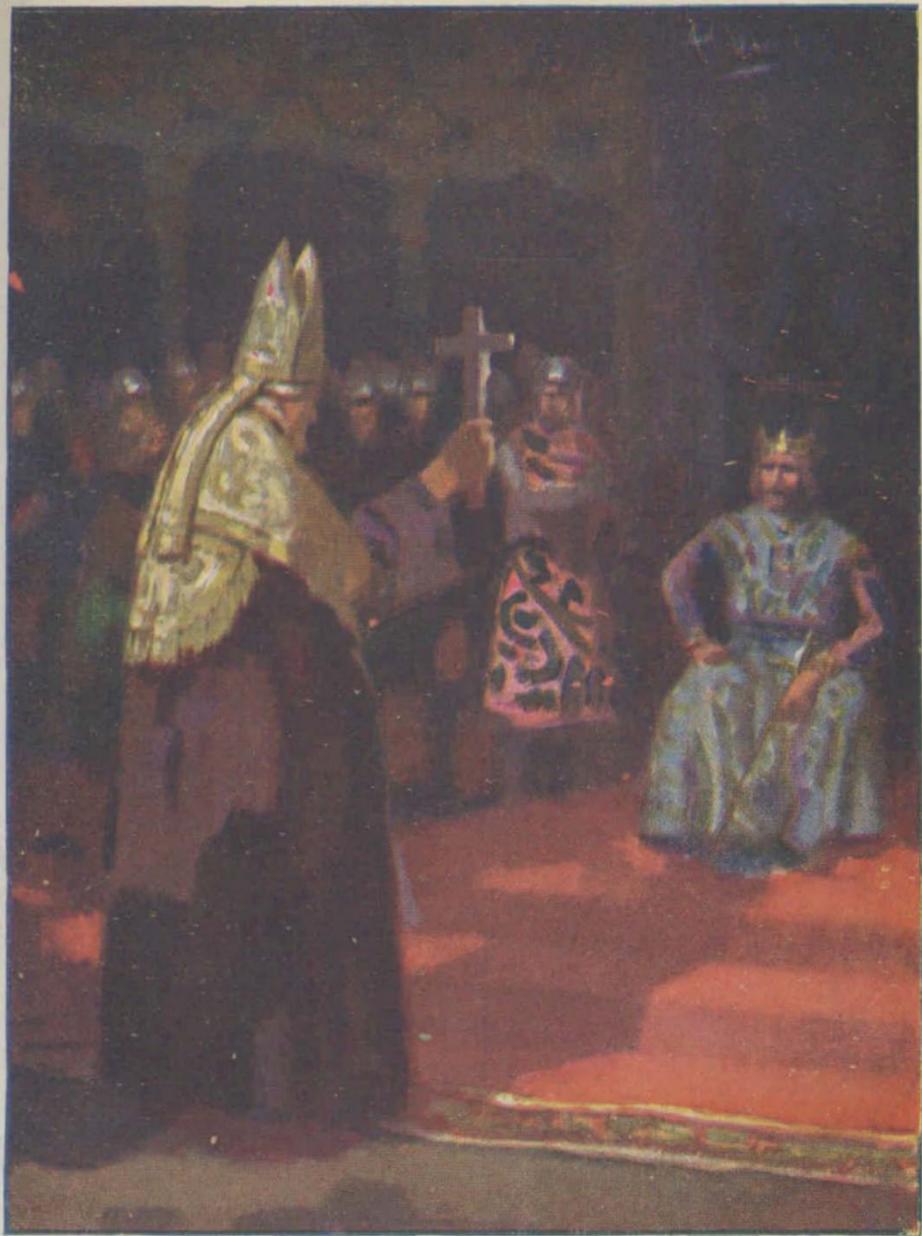
—Sí, juro—responde el rey.

—¿Juráis respetar las decisiones de la Iglesia en sus concilios, y las sentencias de los Santos Padres en todo lo que atañe al dogma y a la interna y externa disciplina?

—Sí, juro—vuelve a responder el rey.

—Pues si tal hacéis—concluye el prelado—Dios os lo premie, y si no, os lo demande, que sí os lo demandaría, así en esta vida como en la otra.

Hecho este primer juramento y una vez los prelados han bajado de la tarima, suben a la misma tres ricoshombres, en representación de toda la nobleza, que bien pueden ser, aunque sea difícil comprobarlo por la penumbra reinante, Pedro Tizón, Pelegrín de Castelle-



...y poniéndole delante la cruz...

zuelo y algún otro, como García de Vidaura, Roldán o Gil de Atrosillo.

También uno de ellos presenta al rey las Sagradas Escrituras y la cruz, y le dice en tono mezcla de gravedad y de altivez :

—¿Juráis respetar los fueros y privilegios que nosotros los señores y ricoshombres del reino disfrutamos, *ab initio*, por la gracia de Dios, es a saber, desde que en las montañas empezaron a repartirse los bienes a los más esforzados?

Y poniendo, lo mismo que ha hecho antes, la mano extendida sobre los Santos Evangelios, el rey responde, con visible esfuerzo por mostrar gran entereza :

—Sí, juro.

—¿Juráis devolver a todos y cada uno de los ricoshombres del reino los castillos y lugares de que injustamente los han desposeído vuestros predecesores?

—Sí, juro—responde el rey.

—Pues si todo ello lo cumplís—responde el infanzón—, conservaréis el reino hasta la muerte, y si no, lo perderéis en justo castigo de perjurio y agravio.

Al resonar recias y altivas estas duras palabras, un murmullo se levanta confusamente, de todos los pechos, como si esta forma de juramento, rotunda y ambiciosa, por parte de la nobleza, fuese novedad nunca pensada.

No bien acaba el juramento del rey a los vasallos, comienza el de los vasallos al rey, que se efectúa de esta manera: van subiendo al tablado uno tras otro todos los arzobispos y obispos y abades, y todos los barones y ricos-hombres, y algunos luego del estado llano, y allí juran de guardarle el cuerpo y de ayudarle a mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y al jurarlo van besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Pero es seguro que en la ceremonia hay por parte de ciertos nobles y aun de ciertos prelados, más de fingimiento teatral que de sinceros sentimientos y recta intención, y que más de uno de aquellos besos de pleitesía lo son de traición, a lo Judas.

Pasa en besamanos el desfile de prelados, diputados y caballeros ante la recién erigida majestad, y a don Ramiro ha de antojársele que algunos labios se posan en su diestra ricamen-

te anillada, con un frío y viscoso temblor, y que muchos ojos rehuyen su mirada de frente, síntomas estos de escasa nobleza de alma entre aquellos nobles de pergaminos; y tan ingrata impresión le causa la cinta de señores que así desfilan por el tablado, que se le representa estar viendo y sintiendo sobre su mano una inmensa sierpe que relumbra engañosamente con las riquezas y pompa que cada uno trae puestas; colores y divisas, armas y jaeces.

Y el rey don Ramiro se ausenta de sí mismo un momento, para recordar el cordón de frailes que desfilaba por los pacíficos claustros de su casa de Dios en Narbona, y en el momento en que los brazos del reino juran tan ceremoniosamente a sus plantas, mientras cae sobre el pueblo, según costumbre en las antiguas ceremonias, una lluvia de dineros *aliale-*ros o de cobre y plata, el ánimo del improvisado monarca huye del mundo nuevamente, y su corazón siente una vivísima nostalgia de su vida monacal y de su celda silenciosa, desmantelada y pacífica.

*maldito*

## VIII

### LÁ CELADA DE LOS NAVARROS

Ya tenían rey los nobles aragoneses, y celebraban su decisión, porque, en efecto, tal como habían previsto, resultaba el nuevo Monarca juguete de sus intereses. Había llegado a ser la realeza un título meramente honorífico, acarreador de enormes responsabilidades, mas privado de verdaderas prerrogativas, desposeído de albedrío y autoridad.

Tal era el estado político y la situación social de aquel pueblo nacido en el regazo de las sierras, y que resurgió con la fundación o agrupación de las tribus salvajes del Pirineo, dirigidas por unos cuantos monjes y guerreros fugitivos, al pie del monte Pano, cuyas cimas están todavía coronadas por las ruinosas y melancólicas reliquias de las celdas, claustros y sepulcros de San Juan de la Peña. Los hombres conservaban algo de la impetuosidad y

del carácter selvático de sus orígenes, y fácilmente las entrañas se endurecían cuando de realizar un propósito se trataba.

La nobleza de Aragón, pues, estaba satisfecha con un rey que el permitía obrar según los dictados de su impulsiva voluntad de vasallos soberbios. Y cuanto más aumentaba el contento de los nobles, tanto más hondas eran las congijas que sufría el bondadoso monarca.

Y por si los negocios del Estado fueran pocos por sí solos, presentóse una cuestión que había de conturbar más el espíritu del ex monje Ramiro. Ello comenzó cuando se dejaron oír murmullos de que don Ramiro debía empezar a preocuparse por la cuestión de la sucesión al trono.

Esta preocupación adquirió caracteres de gravedad. Los aragoneses debían resistirse a que su nuevo rey pudiera morir lo mismo que Alfonso *el Batallador*, y a que, al igual que su hermano, pudiera dejar el reino totalmente a alguna o algunas órdenes religiosas o reliгиозo-militares, cosa que renovaríá las discusiones y las dificultades de elegir nuevo aspirante a la corona, legítima a su entender.

No tuvo más remedio don Ramiro que escoger esposa. Ello equivalía a violar los votos que hiciera al entrar en religión, de absoluta renuncia a todas las cosas de la vida terrena. El que había consagrado su corazón íntegramente al Creador, no podía ahora ponerlo en amor de criatura alguna.

Pero el nuevo estado que los acontecimientos le habían obligado a tomar le exigía llevar su sacrificio a perjurar de sus anteriores promesas, y, si no por gusto propio, por considerarse obligado a su pueblo, decidióse don Ramiro, tras mil dudas y vacilaciones, a solicitar del Papa licencia para contraer matrimonio con doña Inés de Poitiers, noble dama llena de extremos de virtud y encanto, hija (o nieta) del duque Guillermo, de Guyena.

Entre tanto los navarros habían fraguado un plan maquiavélico. Se trataba de atraer a don Ramiro a Pamplona con el pretexto de tratar de poner término a las rencillas entre ambos reinos.

En efecto, a la invitación de los navarros, don Ramiro contestó aceptando la alianza, y para ello se puso en marcha. Su presencia en

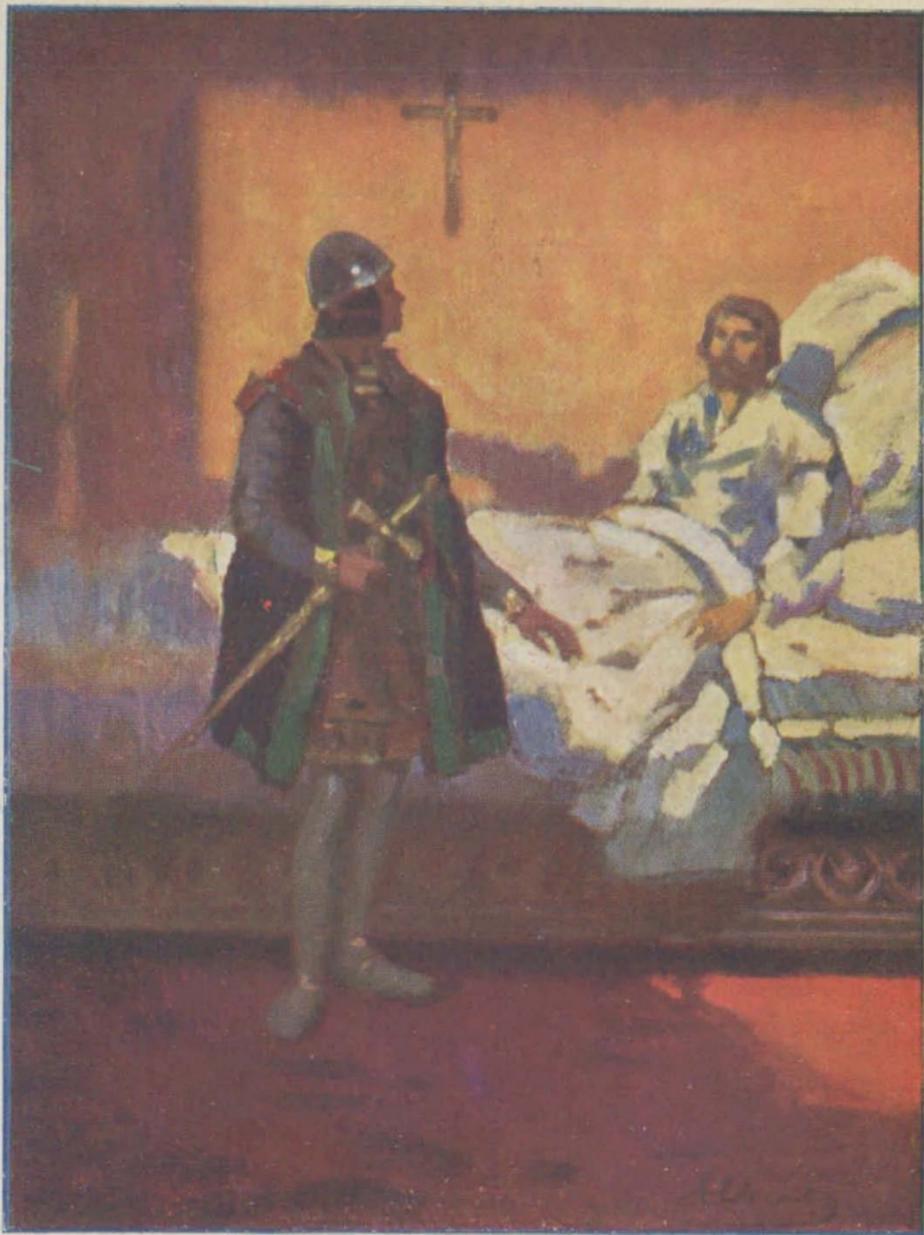
Pamplona precipitaría los acontecimientos. Y era necesario que un verdadero guerrero se pusiera en frente de las fuerzas de Alfonso VII de Castilla, que forzaba con ímpetu las fronteras de Aragón, aprovechándose de la debilidad de don Ramiro y de cómo distraían sus energías las rencillas con la nobleza y con el reino vecino de Navarra.

No era cómoda empresa viajar en aquellos tiempos, mas don Ramiro salió de Huesca, con su séquito, animado de la más alentadora esperanza. A su lado marchaba un caballero, a quien se había presentado como aspirante rival a la corona, llamado don Pedro Atarés. En verdad que éste personalizó durante aquel reinado la lealtad que no deja de tener devotos, aun en los períodos de mayor rebeldía.

Llegado que hubieron a Pamplona, sorprendióles el espíritu receloso que advirtieron en la población. El recibimiento que se les hizo fué frío y meramente protocolario. Además, por todas partes se descubrían alardes de fuerza militar, como dando a entender que la corte de García Ramírez era verdaderamente la de un genio militar.

Celebróse una entrevista el mismo día de la llegada entre el Monarca navarro, asesorado por sus favoritos, y el aragonés, apoyado por Pedro Atarés. Convinieron en reunirse al día siguiente para firmar un pacto, por medio del cual don Ramiro gobernaría en todos los asuntos civiles, sobre Aragón y Navarra, y a cambio de esta concesión de autoridad, García Ramírez sería como un segundo monarca militar que asumiría el mando de todas las huestes de ambos reinos para emprender una campaña contra las armas castellanas, que habían osado penetrar en las importantes plazas de Tarazona, Daroca y Zaragoza.

Aquella noche se hospedó don Ramiro en una suntuosa alcoba del palacio real. Mucho le costó conciliar el sueño, pues los negocios que tenía entre manos le robaban el reposo. Intrigábale, además, la actitud de Atarés, que le había rogado pidiese como condición para acudir al día siguiente a la nueva entrevista, que las gentes que guardasen su habitación mientras durase su estado en Pamplona, no fuesen otras sino las de su séquito aragonés. Y así se había logrado. Todo ello hacía presumir



—Señor, levantaos sin demora.

que iba a suceder algo imprevisto. Y, en efecto, así fué.

Mediaba la noche. El más absoluto silencio oprimía las sombras. No haría una hora que don Ramiro se había dormido, cuando se despertó súbitamente, como dándole un vuelco el corazón. En aquel momento la campana de una torre dejaba caer una densa campanada, tenebrosa y medieval. Era la una de la madrugada ; pero no fué la campana lo que le había despertado, sino un resplandor que se hacía dentro de la estancia. Incorporóse santiguándose, creyendo sufrir una pesadilla, y oyó la voz de Pedro Atarés que le decía sigilosamente :

—¡ Señor levantaos sin demora. Huyamos presto !

—¿ Qué sucede?—inquirió el rey.

—No tardaréis en saberlo—repuso el caballero—. Comprendo que más adecuado a vuestra persona y a vuestro cansancio sería el sueño en blanda cama, que una caminata por negros caminos ; pero os advierto que si no queréis pasar de esta alcoba a un calabozo, es preciso que partamos ahora mismo de regreso

a Huesca. Antes de que se percaten de nuestra ausencia, conviene ponernos fuera de su alcance.

—¿Del alcance de quién?

—De las gentes del traidor de don García.

Mientras hablaban, don Ramiro se había ido vistiendo, ayudado por un siervo de los que habían entrado con Atarés. Este sostenía una pequeña antorcha improvisada con el cordaje deshecho y engrasado de una albarda.

Salieron conteniendo el aliento y descalzos por no hacer ruido, tanteando las paredes, pues la torcida ardiente pronto se consumió. Al exterior, por la puerta de las caballerías, les aguardaba el resto de sus hombres. Calzaronse, tomaron sus monturas y emprendieron por sorpresa el regreso, como unos fugitivos. Los caballos tropezaban de vez en cuando unos con otros y hubo sorpresas de pedruscos y zanjas, pues la noche era negrísima, sin resplandor de estrellas.

—¿Comprendéis, señor, mi empeño en que vuestra guardia fuera de gente nuestra? Habéis de saber que luego yo hablé con un valido de García Ramírez, y fingí seros traidor,

para salvaros. Díjele que yo me comprometía a entregaros sin resistencia, a cambio de un alto nombramiento en esta orden. Las intenciones de este usurpador, no eran defenderos contra el castellano, sino apoderarse de todo Aragón, una vez al mando de vuestros soldados.

## IX

### EL MATRIMONIO DEL REY

Desechada toda posibilidad de alianza con Navarra, don Ramiro se percató de que tenía que sobreponerse a su ánimo, y emprender por su solo brazo la campaña contra Castilla.

—Mucho es que nos hayamos librado de la celada de Pamplona—le dijo Pedro Atarés, con motivo de discutir sobre los negocios del reino—. Tenéis la libertad que es lo único indispensable.

—Si contara con la lealtad de los nobles...

—Ellos os darán ayuda, por los honores y el reparto que les podéis prometer. Siempre se rendirán ante la perspectiva de un botín de tierras y de vanidad.

—Pero si empiezo a repartir el territorio para hacer donaciones a unos y otros, habré atentado contra la integridad del reino, que, si

bien para mi mismo nada apetezco, la sucesión que se me reclama exige por mi parte un celo grande pensando en la posteridad de mi estirpe.

—¿Luego es cierto, don Ramiro, que aceptáis a doña Inés por esposa?

—Así se apaciguarán los ánimos. ¿No es, por otra parte, un deber, puesto que las circunstancias lo reclaman?

Pedro Atarés permaneció un rato en silencio. Comprendía que el rey no tenía propósito fijo, que todos sus pensamientos eran hijos de una constante intranquilidad de conciencia.

En efecto, las turbaciones del espíritu llegaron a ser un turbión de desasosiego que no le permitía dormir ni coordinar sus propósitos con sus deberes. Lo único constante en su ánimo era el pensar en la respuesta que obtendría su petición de licencia matrimonial. Así, después de su afortunado regreso de Pamplona (algunos creen que fué en Jaca y no en Huesca, pues también fué un tiempo capital del reino), don Ramiro se apartó en absoluto de los negocios de Estado, para encontrar una

solución conveniente al reino, y recta para él, en la cuestión de la sucesión de la corona. ¡ Vano empeño ! Tenía que dejar un hijo que fuera coronado luego que él muriese.

Y poco le permitieron dudar los cortesanos que le rodeaban, porque se encontró con las cosas hechas. Y se casó con doña Inés, acaso sin dar tiempo al permiso papal.

Gran esplendor derrochó toda Huesca el día de los reales esponsales. Hubo solemnidades religiosas y profanas ; resonaron las campanas y los rústicos instrumentos que ya incubaban los guerreros y animados ritmos de la jota ; y pasados los ritos, los bailes, los banquetes y los torneos que en honor de los ilustres esposos se celebraron, éstos se hallaron solos, llena de candor ella, abrumado de remordimientos él. Comenzaba con aquellas fiestas y algazaras el drama íntimo de una mujer enamorada, de una reina que en su ingenuidad nunca comprendió las razones del desvío que notara en su esposo. Y es que éste se consideraba casi como un apóstata, como un religioso perjuro, pues continuaba sintiendo como un deber el ser en su fuero interno el devoto

monje que no admitía comercio alguno con las cosas de la Tierra, ni con el amor de las criaturas. Y era el año 1136 cuando se planteó esta situación dramática en el estrado de la casa real aragonesa.

No menos affigió la noticia de esta boda al rey de Castilla, pues Alfonso VII había mantenido la esperanza de que el rey *monje* no contraería nunca matrimonio, y que, por tanto, la herencia de la corona de Aragón podría recaer sobre su hijo, como él, con su política, acertara a prepararlo.

Así las cosas, nos encontramos en este punto con tres reinos en lucha : Aragón, Navarra y Castilla, aparte las continuas batallas sostenidas por todos contra los infieles. Y todo giraba alrededor de la figura indecisa y débil de Ramiro II, que harto tenía con vencer a los enemigos de su alma.

No obstante, pudo contenerse la guerra de momento. El legado apostólico Guido, dirigió a los Reyes y a la nobleza un mensaje, un manifiesto en forma de epístola, conjurando a la armonía a todos los Estados cristianos.

Y la voz del príncipe de la iglesia fué oída, porque entonces los gobernantes y los pueblos eran más dóciles a la voz de los principios religiosos que a la del engrعيمiento independiente de la política.

## X

# REINA INFELIZ

De Francia vine a Castilla,  
nunca dejara yo a Francia...  
Caséme en un día aciago,  
martes fué, por la mañana,  
y al miércoles enviudaron  
el tálamo y la esperanza.»

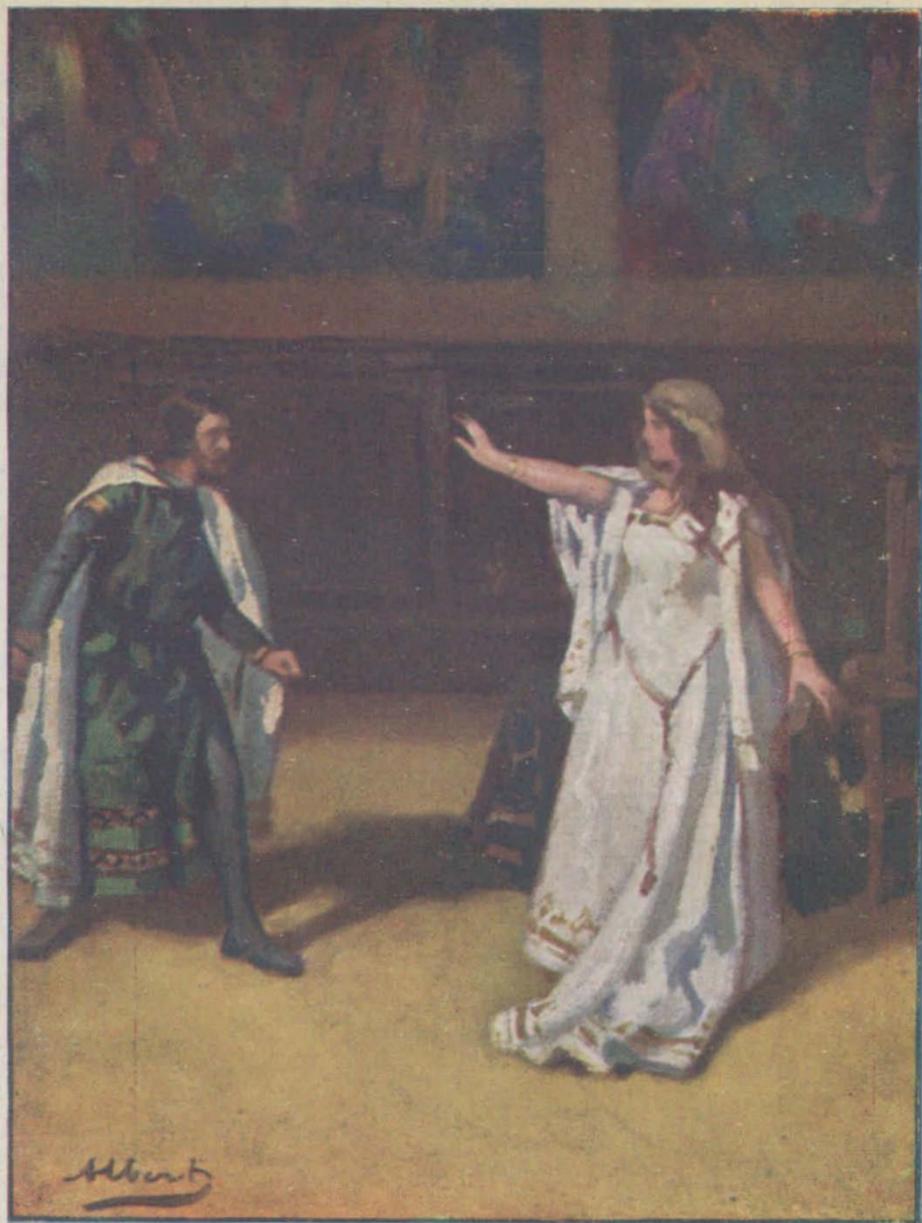
*(Romance ro general)*

En este punto del reinado de don Ramiro hay que situar la escena dramática que cuentan las crónicas se desarrolló entre los reales cónyuges y que transcribimos a continuación.

Pálida estaba la reina de tristeza y soledad, pues su esposo entregado a sus preocupaciones religiosas y engolfado en los asuntos del reino, que a toda costa se había propuesto enderezar, no le prestaba a ella la atención ni la compañía que parecía natural, dado que doña Inés se hallaba en país extraño y teniendo en

cuenta lo reciente del enlace. Pasábase las noches en doloroso insomnio, achacando a frialdad de corazón y a menosprecio el alejamiento del rey, que raras veces entraba en las habitaciones de su esposa. Pasada sería la medianoche, cuando una vez don Ramiro rompió su costumbre. La reina oyó pasos y el crujido del resorte que cerraba la puerta. Abrióse ésta de par en par, y apareció al dintel don Ramiro. Un ¡ay! de dicha y grata sorpresa se escapó de la garganta de doña Inés al verle. Levantóse presurosa y se compuso rápidamente, ya que aunque no se había acostado, a pesar de lo avanzado de la hora, estaba descuidada y el cabello le caía suelto por los hombros, y en desorden el plegado de su vestido. Nada dijo, no obstante la doliente y tierna hermosura de la reina a don Ramiro, pues el corazón de éste se sentía lacerado por sordas e invencibles luchas de conciencia.

—¿Cómo os dignáis visitarme hoy, bien mío? Habréis estado, como yo, en desvelo. Bien lo adivino en el cansancio de vuestra mirada. Decidme qué os sucede. No quiero que ni por un momento creáis que estoy quejosa de



—¿Cómo os dignáis visitarme hoy, bien mío?

vos. Son tantos y tan graves vuestros negocios, que comprendo que a veces no podáis pensar mucho en mí. ¿Pero no me habláis?

Así dijo doña Inés en un impulso de ternura, no exenta de despecho. Don Ramiro le separó los brazos, pues se los había tendido a los hombros, y con la faz torva, fuese a sentarse en un diván cubierto de cojines orientales. Doña Inés se mantuvo inmóvil por algún espacio. Luego le preguntó :

—¿Estáis quejoso de mí? ¿Os he ofendido, sin querer, en algo?

Levantó don Ramiro la cabeza, que había tenido inclinada sobre el pecho, y exclamó a media voz :

—¡Desventurada!

No habló tan por lo bajo que no lo oyese la reina, y acercándose más al esposo le dijo :

—¡Desventurada yo, don Ramiro! ¡Desventurada yo cuando soy vuestra esposa!

—¿Mi esposa?... No, no sois mi esposa— exclamó el rey, y levantándose al propio tiempo, asió fuertemente con una de sus manos el brazo derecho de doña Inés—. No sois mi esposa... ¿Lo oís?... Nuestro matrimonio es

nulo, nulo ante Dios y ante los hombres; y vos y yo, hace diez meses, los mismos de nuestro matrimonio, que estamos poseídos del infierno.

Temblaba ya doña Inés a punto que tenerse en pie no podía; saltaban a raudales las lágrimas de sus ojos, sin acertar a decir palabra, y don Ramiro arrastrado por una especie de preocupación inconcebible, repetía:

—¡Oh, no, no digáis ya más que sois mi esposa! Mirad, desde este día no podemos más vivir juntos; mañana mismo pienso divorciarme de vos, y renunciar al cetro en don García de Navarra, en don Alfonso de Castilla, en cualquiera de mis competidores. Yo no he debido empuñar nunca el cetro, ni jamás he debido ser casado; ahora sé ya de cierto que la cólera de Dios está sobre mí, sobre vos, sobre toda nuestra casa.

—¿Habláis de veras, don Ramiro? — dijo al fin doña Inés—. ¡Apartaros de mí que os amo tanto! ¡Privar... privar del trono a nuestro hijo! ¿Qué decís, esposo mío?

—¡Mi hijo! ¿Qué decís vos ahora, doña Inés?—preguntó el rey asombrado.

—Digo, que Dios ha de enviarnos pronto un hijo, y no pensé, en verdad, que tanto os entristeciera esta esperanza. ¿Estáis en vos, don Ramiro? ¿Qué propósitos son esos tan extraños? ¿Qué palabras son esas que ahora escucho y que ni fueron oídas ni jamás esperadas de mí?

No hay manera de encarecer la sorpresa y la perplejidad de don Ramiro, al enterarse que la corona tendría sucesión. Confuso, perdido el dominio mental, se retiró sin despedirse siquiera, porque necesitaba antes de adoptar ninguna actitud entregarse a nuevas reflexiones.

El alba sorprendió a doña Inés reclinada sobre los cojines, más pálida que nunca y convertida en un mar de llanto. En su fuero interno era verdad que su esposo no la amaba.

## XI

### UN FRAILE MISTERIOSO

«Por fuerza casi le sacaron del monasterio, que él no quería, ni desabrigarse de su hábito.»

(Crónica de reyes aragoneses)

La pobre reina no acababa de comprender la actitud esquiva y huraña de su esposo. Ella le amaba pura y generosamente, y amaba anticipadamente al hijo que había de llegar; y su bondadoso corazón sufría doblemente viendo al rey tan lleno de aflicciones e inquietudes, y pensando la desdichada que perdía esposo y trono para sí, y para su hijo, trono y padre. Segura como estaba de la licitud de su matrimonio, no podía concebir aquellos extremos de arrepentimiento de don Ramiro. ¿Pues no iba a bendecirles el Cielo con un hijo? ¿Y no sería este hijo un motivo de tran-

quilidad para la nobleza de Aragón, ante el miedo que tenía de que si moría don Ramiro sin sucesión, el rey de Castilla quisiera anexionarse el territorio donde gozaba dicha nobleza de sus privilegios?

Para don Ramiro, no obstante, las cuestiones del reino significaban la perdición de su alma. No podía olvidar que, preparándose para la toma de Huesca, su padre Sancho Ramírez había tenido la piadosa idea de ofrendar un don al Cielo, que como de rey, había de ser una ofrenda regia. Esta consistió en consagrarle un hijo a su servicio, para que su misma sangre le rindiera continua pleitesía al pie del altar. Este hijo fué Ramiro. Lo que había hecho de ceñirse la corona de tal padre, era violar una voluntad santa.

El, que no había aceptado por humildad la púrpura prelatia de las diócesis de Burgos o Roda, a la cual sus hermanos don Pedro y don Alfonso X habían querido que fuese elevado, se veía ahora en el encumbrado puesto de monarca. Y el pensarlo agravaba más cada día su atrabiliario proceder.

Es fama que hallándose en este estado de

ánimo hizo una visita al prestigioso monasterio de Mont-Aragón.

Un día de diciembre, a la caída de la tarde, cierto monje misterioso, de los entonces llamados vulgarmente monjes negros, o sea un sencillo fraile benito, que vestía la esponjosa cogulla negra de largas y holgadas mangas, y debajo, sayas de buriel, más las calzas y los zapatos, en la guisa de estos frailes cuando procedían de España. Aquel monje que podía, a juzgar por su hábito, proceder de Sahagún o de San Zoil de Carrión, preguntaba por el Abad. No era fácil entrevistarse con esta autoridad que a la sazón tenía bajo su cuidado cien iglesias tributarias de su jurisdicción espiritual. Así es que el monje fué detenido ante la barbacana de más de trescientos metros que cerraba en su circuito la entrada del real monasterio. Y el monje, mientras esperaba que se le franquease la puerta reflexionó sobre la grandeza de aquella ilustre casa, asiento de prelados, ciudadela de guerreros, y corte de magníficos reyes. Porque, en verdad, el real monasterio de Mont-Aragón, fué cifra y esperanza de una gente heroica que se formó allí,

y de allí partió dispuesta a plantar la cruz por todas las tierras de España, hasta el lado sur de las riberas del Guadalaviar, gente hazañosa y activa que con el tiempo hubo de conquistar Sicilia y había de hacer resonar sus armas en la misma Atenas, causando asombro y despertando recelos en el ánimo de todos los reyes de la época.

¡ Ay, muy otro estás, Mont-Aragón, de cómo te vieron esos siglos pasados ! exclamaría el que ama los antiguos esplendores. No se hallaba corte de rey más rica y poderosa que tú ; cuando tú propia armabas hueste y ganabas pueblos de moros y alzabas por tu cuenta fortalezas. Reyes y príncipes envidiaron la mitra de tus prelados, y la pusieron por honra en sus sienas. Poseías ríos donde sólo a tus señores era permitido pescar y montañas donde sólo de ellos era el perseguir y matar las fieras.

Pero es fama que de tanto esplendor no restan ya sino ruinas, pues las imágenes, los mármoles y los bronce, los valiosos objetos del culto, todo fué bárbaramente arrancado de aquel nidal de águilas espirituales ; y hasta

las cenizas de los reyes fueron aventadas de sus sepulcros, ocho siglos después de haber coronado el Pirineo sus sillares. Mas como en justo castigo de los que vandálicamente se apoderaron de tanta riqueza y reliquia, el fuego, como una hueste de ángeles de alas cegadoras pasó una noche en destrucción y asalto por todo Mont-Aragón. Del adarve donde Sancho Ramírez plantó sus pendones por reto y afrenta del Edn-Hud de Huesca, cuelga sólo viciosa y lozana la «Higuera del Diablo».

Esta fué la casa adonde el obscuro y misterioso monje solicitó audiencia del Abad. Reconociéronle dos hombres que hacían las veces de centinelas, y viendo que no traía arma alguna, ni ocultaba otro aire que el de un verdadero fraile benito, no le opusieron más resistencia que las formalidades de rigor. Acompañóle uno de ellos a través de la plaza que se forma al pie de la fachada principal; se introdujeron por la puerta de arqueada bóveda, así que se abrieron las pasadas hojas encadenadas y claveteadas, que más propias se dijieran de una fortaleza que de un cenobio. Resonaron por la bóveda sus pisadas y los cru-

jientes cerrojos que se volvieron a cerrar, y luego de pasar por un claro patio, donde había un pozo y un palomar, apareció otro portero, del servicio interior, hombre membrudo, que no inspiraba la más remota idea de misticismo.

—¿Quién es este hombre del tabardo?—preguntó el portero.

—Entendeos con él—repuso el centinela; y desapareció.

—¿Por qué no habláis?—preguntó al monje el portero—. ¿No entendéis que pregunto por vos?

—Yo soy un monje del convento de San Pons de Tomeras, por más que también estuve en Sahagún. Mas podéis anunciarme a vuestro prelado como de Tom... o mejor, de Narbona.

Tales reticencias, que hicieron sonreír al portero, hacían pensar que el monje tenía el juicio trascordado. Pero como quiera que el misterioso visitante insistiese en que venía de Narbona, el hercúleo portero se dió por convencido de que sería cierto, y asustado se

santiguó beatamente haciendo aspavientos de escándalo.

—¿Qué desgracias nos traéis de allá donde estuvo el renegado monje Ramiro?

—¿Creéis que sólo malaventuras y maldiciones pueden sacarse de allá?

—¿Qué otra cosa puede venir de donde se incuban apostasías, que son coronadas luego en el siglo, y premiadas por el Mundo con un mar de regodeos y vanos honores? Pero con todo su regalo, no envidiaría yo a don Ramiro.

Hablaba el hombre con voz atenorada, casi de contralto, que contrastaba ridículamente con su corpachón de pío cancerbero. Pero un címbalo que dió varias campanadas de plata, le avisó de algún cumplimiento del horario, y dócil al reglamento disciplinario, se apresuró a hacer pasar al huésped de Tomares a un zaguán, donde éste, sentado sobre un arcón gótico, reciamente respaldado, aguardó se le diese venia para ver a la suma jararquía de la institución.

¡Qué envidia sentía el monje de los que allí se albergaban! ¡Cuán a gusto se quedaría él

también en Mont-Aragón para consagrarse por entero a una vida de paz y de santas disciplinas! Pero algo muy grave conturbaba su espíritu, tanto que el portero hubo de notarlo, y al anunciar la visita al Abad, hízole con tales recelos y temores, que el prelado temió se tratara de algún exorcista o impostor de embrujamientos, y a punto estuvo de negarle rotundamente la entrada. No obstante, el mismo misterio que envolvía al monje que decía venir de Narbona, y el deseo que el Abad tenía de oír a un testigo presencial de la salida de don Ramiro del claustro, despertaron su curiosidad, y ésta pudo más que todos los reparos.

—Hacedle entrar en seguida — ordenó—, que no es justo que si es un alma conturbada o una descarriada oveja, permanezcamos impasibles a su llamamiento a las puertas de nuestra caridad.

Poco después el monje de la negra cogulla se detenía gravemente en medio del locutorio abacial.

—Fortuño os llamáis—dijo el visitante, sin hacer caso de la invitación que el Abad le hicie-

ra para tomar asiento—; persona de calidad para el siglo, y dentro de la regla, si no santo, modelo de prelados, y sobradamente merecedor de vuestra reputación. Yo me acojo a tantos títulos de excelencia y bondad para someterme a vuestro consejo o a vuestro anatema, y sobre todo, si creéis que mi arrepentimiento lo merece, espero la bendición sacramental para que mis grandes culpas me sean perdonadas.

Insistió el Abad en que se sentase, y esta vez obedeció el monje, sin ánimo para pasar los ojos por el salón de crecidas proporciones en que se hallaba. Era una estancia decorada con sobriedad pero con riqueza, con muebles de pino y de roble sencillamente trabajados y tapizados con telas de lana. A la cabecera, una ancha mesa, estofada de ébano y hueso, encima de la cual ardían dos velas de cera amarilla, hincadas en un candelabro de plata junto a un alto crucifijo de plata también. En el ancho sitial de la mesa y junto a un atril que sostenía un volumen de pergamino miniado, estaba el abad Fortuño.

Y cuenta la tradición que el pobre monje,

sobrecogido se confesó con el Abad ; mas de lo que pasara entre ellos, de lo que el penitente relatase y de si obtuvo, o no, la absolució, nada puede afirmarse, pues todo ello cayó en el pozo sellado del secreto de confesió. Pero es de creer que la absolució no le fuera administrada, porque en adelante vivió más afligido que nunca, aquel monje, que era, como se adivina, el propio don Ramiro.

Hasta aquí la leyenda, y de aquí la opinión de muchos de que el rey *monje* no hizo obra buena en el gobierno de su Estado a causa de cómo lo inutilizaban para la política y la guerra sus conflictos religiosos, los escrúpulos de conciencia.

Circularon a la sazón rumores del intento que tenía de volverse al claustro. Delataba tal propósito la actitud de la reina y el desprendimiento y abandono con que pasaba don Ramiro por todos los asuntos de la tierra, aun por aquellos que más directamente le atañían por interés personal, o por deber de gobernante. Achacaban a falta de talento para los negocios del Estado su extraño proceder, y los nobles le vigilaban estrechamente desde que

se enteraron de que una noche se había ausentado de la ciudad bajo un disfraz de fraile negro, de la orden de San Benito. Ibales demasiado bien a los ricos hombres el ver que su soberano dejaba al albedrío de ellos todos los negocios, y no estaban dispuestos a dejarle renunciar, pues cualquiera que le sucediera tendría, por blando que fuese, mano más dura que él.

No obstante, don Ramiro había librado una batalla para la cual se exigía muy esforzada voluntad, y ésta es la que acabamos de referir. Porque no es tan fácil cual pudiera suponerse, dejarse menospreciar por los porteros de un monasterio cuando se tiene la dignidad sacerdotal y además se es Rey.

## XII

# LAS DOS BATALLAS

«Caballeros de sus reinos  
asaz lo menospreciaban,  
que era muy sobrado manso  
y no sabidor en armas.»

*(Romances nuevamente sacados.*

*Sepúlveda.)*

Don Ramiro había vencido todos los enemigos de la humildad : orgullo, amor propio, vergüenza del que dirán. Y tan gran descenso a las profundidades de su simplicidad religiosa, había forzosamente de tener un resultado imprevisto. Este fué el de una formidable reacción, en la cual puso su gran espíritu en su pundonor real. Sintióse tan acosado por las exigencias, por las imposiciones, hasta por las burlas de los nobles aragoneses, que ya ni los soldados, ni los criados le respetaban con el

grave temor que un monarca debe inspirar, para no sentir relajada su dignidad y su investidura.

En efecto. Algo muy grave debió reflexionar don Ramiro, cuando de la noche a la mañana, comenzó a ordenar como un tirano, haciendo temblar con sus justas iras a cuantos no mostraban ante él la debida compostura y respeto. Al principio hubo un rumor de befas y risas, por parte de los que creían que aquella actitud era de baladrón, pero que en el fondo don Ramiro era un manso cordero, incapaz de ganar una batalla ni de dictar una condena.

¡Cómo se engañaban los irrespetuosos! Si la voluntad de don Ramiro había vencido la batalla de su conciencia, hasta el punto de hacerle estar dispuesto a divorciarse y a abandonar el trono por congraciarse con Dios, comprendió, en cambio, que sus píos propósitos no dejaban de ser una quimera, puesto que hasta a encarcelarle recurrirían los nobles para evitar que él abandonase el cetro. Y no eran infundados tales temores, puesto que ya en cierta ocasión habíanle como cercado y sitiado en las propias estancias del palacio, de tal forma

que el rey se había convertido en un lastimoso prisionero de la nobleza, la cual le arrancaba cuantas donaciones y prerrogativas se le antojaban.

La reina contribuyó a levantar el ánimo del Monarca, pues celosa, con el sentimieto maternal que nacía en ella, de que no se menoscabase y dividiese el reino, y de que no se quebrantara y dibilitara el poder real que habían de ser la herencia para su hijo, hubo de expresarse en estos términos ante su esposo :

—Grande es mi aflicción al veros tan abatido y tan poco respetado de vuestros siervos y vasallos. Y este pesar viene a aumentarlo el considerar que este envidiable reino de Aragón será pasto de la voracidad de los caballeros feudales, que tan bien se valen de vos para satisfacer sus ambiciones y su altanería, siendo así que deber nuestro es, carísimo esposo mío, defender al herencia del hijo que no tardará el Cielo en enviarnos.

Estas reflexiones ya se las había hecho don Ramiro, y bastó que su esposa insistiese en lo que a sí mismo él se decía, para que en

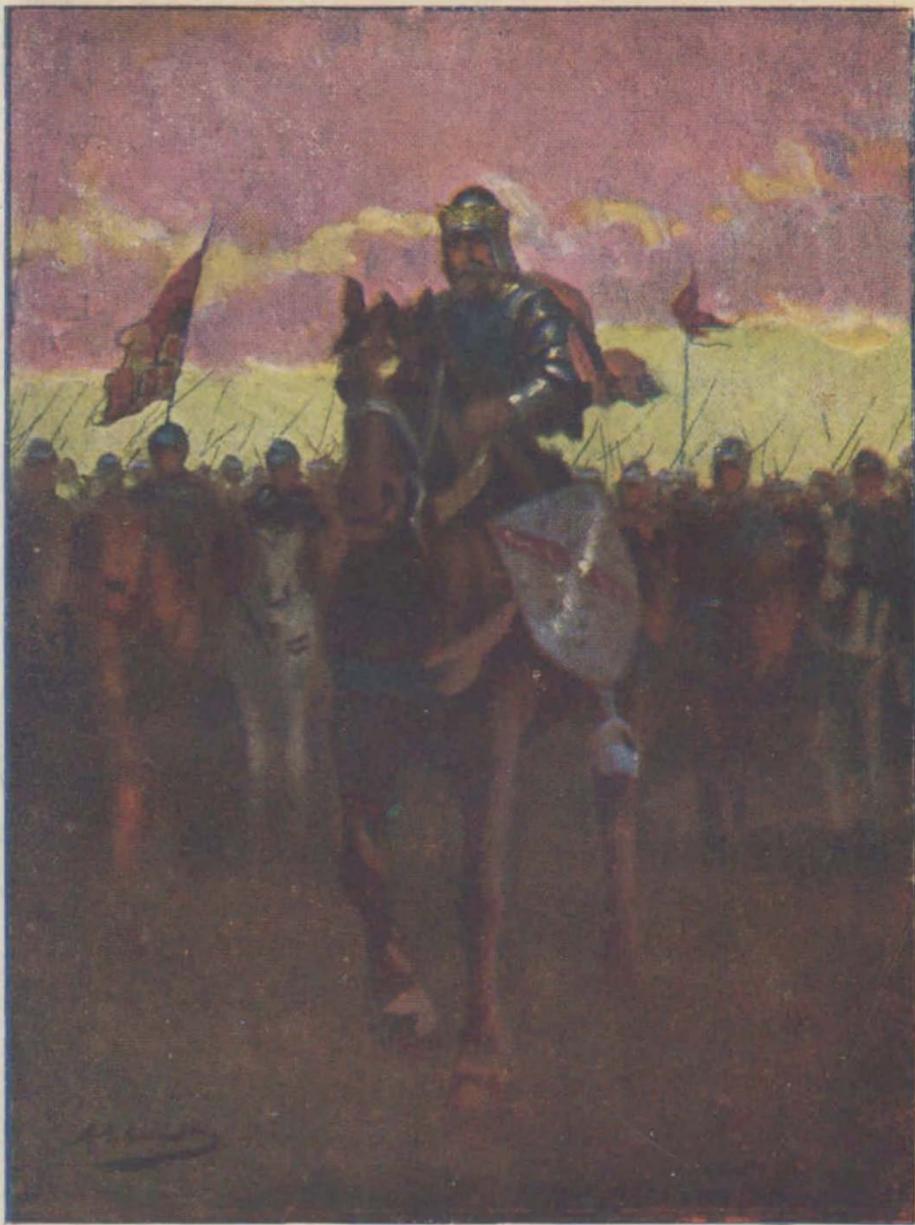
su corazón fuera levantándose una llama de dignidad real y de amor de padre.

—Ya veis—prosiguió la tierna doña Inés— que no os pido nada para mí. Yo respeto vuestros escrúpulos de conciencia, y me resigno a vivir casi sin veros y, en el fondo de nuestra intimidad, divorciada de vos. Pero es nuestro hijo el que habla por mí ya antes de nacer. Don Ramiro, arrojad de vuestro lado a los enemigos de vuestra honra, a los envidiosos de vuestro poder, a los que sólo esperan que muráis para disputarse ellos entre sí el reino que ya ahora parece de todos, al amparo de vuestra debilidad.

Y don Ramiro, frunciendo el ceño, respondió:

—¡Cierto, cierto! Y no es eso lo peor, sino que Alfonso de Castilla husmea también las fronteras, y la paz conseguida por el legado apostólico, pronto no será más que una tregua rota en cuanto el castellano o el de Navarra se sientan repuestos y briosos para atacar nuestras plazas.

Y no puede asegurarse cuáles fueron las medidas inmediatas que tomará el rey. Lo cierto



...partió como un caudillo...

es que entre la nobleza cundió el recelo y el descontento, y que ya hubo quien pensó que de convertirse la oveja en león, más valía que se volviese a Narbona, o a San Pons de Tomeras, y los dejase a ellos solos para que se las entendieran entre sí con la suerte del reino.

No titubeó esta vez don Ramiro y se decidió a poner en juego inesperadas iniciativas. Aprovechando la tregua de armonía que gozaban unos con otros los reinos cristianos, preparó contra viento y marea un ejército para ir contra los infieles, prosiguiendo la gloriosa historia de su estirpe en la obra de la reconquista, e improvisándose guerrero, partió como un caudillo, dando que hacer a la morisma en duros choques fronterizos.

Esta fué la segunda batalla, después de la de su conciencia que acababa de vencer, la de la oposición de la nobleza a sus propósitos y voluntad. Y el triunfo de las armas hubo de acompañarle, pues bien, reza el romance de esta suerte :

«Mandó juntar muchas faces,  
y acompañales él mismo,

pretendiendo en la batalla  
ser de todos preferido.  
Al subir en el caballo,  
que la espada se ha ceñido,  
sacándola de la vaina,  
de aquesta suerte había dicho :  
—Si la espada ha de envainarse  
en sangre del enemigo,  
vaya desnuda en la mano,  
no tenga tiempo perdido.  
Rienda y escudo no pueden  
ser de una mano regidos ;  
porque no tengan estorbos,  
vayan por sí divididos.—  
Tomó la rienda en la boca,  
y el escudo apercebido,  
metióse así en la batalla,  
siendo de todos temido.»

¿ Cabe imaginarse un gesto de mayor brío,  
un arranque de más varonil rudeza que el del  
jinete inhábil en el manejo de las armas, em-  
barazadamente impedido de moverlas con hol-  
gura, por no acertar a empuñar rienda y escu-  
do a un tiempo con la mano izquierda, dando

libertad a la diestra para blandir y fulminar la tizona, y que impelido por el coraje de su pecho, menospreciando las burlas que se insinuaban en los labios de los aguerridos caballeros que le rodearan, dales un alto ejemplo de resolución y bravura, mordiendo las riendas ciegamente y guiando así con la boca a su cabalgadura, en tanto que le hinca en los ijares los espolones, y entra en acción, arrastrando con su fiereza en pos de sí a la mesnada arrolladora contra los enemigos de la Cruz y de su reino?

La figura del rey Ramiro, en este momento de heroísmo se agranda y adquiere el relieve de la genialidad improvisada, el vigor de los héroes de epopeya. Es el león que se desconocía por estar dormido, pero que en lo más imprevisto del sueño se despereza y ataca con furor.

En este pasaje tradicional, donde don Ramiro aparece ya como caudillo, entrando en acciones de armas y saliendo briosamente vencedor de ellas, es donde se empieza a concebir que el antiguo monje tenía carácter suficiente para llegar a la consumación del castigo.

con que había de dar ejemplo justiciero a los nobles levantiscos y traidores, que se resistieran a respetarle y a cumplir el juramento que le prestaron ellos a su vez el día en que de fraile lo convirtieron, sin él demandarlo, en rey.

XIII

LA CALUMNIA

El rey tenía sobre la mesa un pergamino extendido. Al pie del escrito se leía el nombre de Alfonso de Castilla, con historiada rúbrica. Permaneció un buen espacio en actitud mediatubunda. De pronto mandó llamar a Pedro Atarés.

—Mandad, señor—, dijo éste entrando en la sala.

—Os daré un pliego, y os trasladaréis...

—Perdón, señor — interrumpióle discretamente Atarés— ; ese asunto con don Alfonso no es cosa para ser tratada por carta. Opino que el que debe trasladarse sois vos. Ya es mucho lo que habéis logrado. Ahora sólo falta una reconciliación personal.

—¿Cómo sabéis...?

—Ciego habría de ser para no percatarme de

que el mensajero que llegó hoy os trae una contestación conciliatoria de Castilla.

Molestó a don Ramiro, la suficiencia que creyó adivinar en su mejor aliado. Se le antojaba que Atarés, más que aconsejarle, le interrumpía para imponerle su criterio. Pero Atarés no pudo dejar de advertirlo, y comprendiendo que aquel conato de recelo en el Monarca podía tener su origen en ciertas malas lenguas, se aventuró exponer a su rey estas razones.

—Señor, creo que mi presencia es necesaria en la corte, y os lo digo a fuer de leal, aun a costa de que receléis de mi sumisión. Podrán malquistarme con vos vuestros propios enemigos, pero nunca me malquistarán con mi conciencia, mi rectitud y mi lealtad para con vos.

—¿Y si yo insisto en que vayáis a entrevistarnos en mi nombre con don Alfonso, para pactar una alianza?

—Yo iré adonde vos me mandéis, aunque ello fuera mi perdición; pero me resistiría si había de ser para mal vuestro.

—¿Y qué mal puede acarrearle a mí el no dejar Huesca y seguir la vigilancia que he

comenzado a ejercer sobre todos los asuntos de la corte?

—Señor, yo sólo os digo que en Huesca, hay muchos que desean alejarme de vos. Ayer recibisteis en audiencia al señor de Castellezuelo. La entrevista fué larga. Yo sólo sé, que anoche mismo me mirastéis con desconfianza.

—¡Basta!—imperó don Ramiro—. ¡Todos, hasta aquellos en quienes mayor confianza puse, esgrimen ante la mía su voluntad!

Y en aquel momento, entró un paje al que el Rey hizo señal de acercarse. Era el correveidile de antesala, que anunciaba que un monje negro pedía ser recibido por el rey o por su canceller.

Don Ramiro mandó a Atarés, que recibiese la visita. Y éste se salió al punto.

En su gabinete particular, recibió Atarés al fraile. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que se quitaba la capucha y revelaba su personalidad!

—¿Sois vos, señor canónigo? ¿Y por qué os presentáis con tanto misterio?

—Vengo disfrazado, porque importa que nadie sepa que he estado en palacio.

—¿Venís a prevenirnos de algún ardid de los nobles?

—Precisamente. Ayer estuve invitado en el castillo de Pelegrín de Castellezuelo. Había otros comensales. Tizón y el judío Ramedín. Comióse, bebióse. De sobremesa se habló más de la cuenta. Y se concertó un plan encaminado a malquistaros a vos con don Ramiro. Yo necesitaba que tales intenciones llegasen a oídos vuestros, porque sé que animan fines egoístas a toda nuestra nobleza. Pedro de Atarés, podéis decir al rey que se atenta contra vos, porque sois su brazo fuerte.

—Para convencer al rey, ya es tarde. Ayer mismo, por lo visto al despediros a vos, vino Castellezuelo a dejar caer en el ánimo de don Ramiro la mala semilla de alguna calumnia contra mí.

—Se me ha anticipado—repuso el clérigo—. Pues sí, lo que debió decirle es que vos pretendéis hacerlo juguete de vuestra ambición y apoderaros del reino.

En aquel momento, oyeron pasos. Era el rey, que, receloso y con miedo de que algo se fraguara contra él en el propio palacio, andaba

a la zaga de sorprender conversaciones. Enmudecieron Atarés y el canónigo al notar que alguien se aproximaba. Y pronto vieron aparecer la figura torva de don Ramiro.

Pusiéronse en pie al punto, y esperaron que les dirigiese la palabra. Pero tardó en reaccionar. La presencia del canónigo disfrazado con el mismo hábito con que él fuera un día a pedir confesión y consejo al prior de Mont-Aragón, le desconcertó removiendo en su alma mil recuerdos y conflictos morales.

—Señor—dijo por fin el canónigo—, para ayudar al monarca a salir de tan embarazosa situación—, la adhesión a vuestra persona que me despertaron vuestros piadosos diálogos aquellas largas y duras jornadas viniendo de Narbona, ha hecho que me haya atrevido a quebrantar las puertas de vuestro alcázar ocultando mi personalidad; mas no quiero robaros el tiempo, que ha de seros precioso, y puesto que don Pedro está informado del motivo de mi extraña visita, él os dará cuenta de la situación y aun podrá con su buen juicio inspiraros alguna medida prudente.

Miró entonces don Ramiro a Pedro Atarés, escudriñándole en los ojos, y éste dijo :

—El canónigo, señor, ha venido a avisarnos, sin despertar sospechas, que se nos quiere mal, y que se atenta contra mí.

—Mas no por eso peligra el reino, que en adelante he de bastarme y sobrarme para afrontar todas las acechanzas.

En estas palabras y en la mirada del rey, Atarés comprendió que no se había quedado muy convencido de la verdad de sus palabras, y que más bien don Ramiro sospechaba que la visita del canónigo disfrazado tuviera alguna relación con las ambiciones que temía se hubiesen despertado en el corazón de su antiguo contrincante y actual hombre de confianza. Y no se atrevió a replicar, porque comprendía que la bola de nieve de una calumnia no puede humanamente deshacerse.

Iba el canónigo a hacer una reverencia de despedida, cuando dirigiéndose a él, don Ramiro, le reconvino en esta forma :

—¿Es sensato venir a palacio con ese hábito que puede ser motivo de habladurías?

—Peor sería, señor, que se supiera que yo

he tenido una entrevista en el alcázar. La nobleza persigue a los que os guardamos lealtad.

—Peor sería para vos, a lo que veo.

Y no pudiendo contenerse ya Atarés, cuyo carácter era muy entero, intervino con estas firmes palabras :

—Don Ramiro, vos seréis siempre mi señor ; mas nunca podré dejar de ser claro en mis palabras, y os ruego me permitáis que os diga que si la visita de hoy de un monje negro al alcázar puede renovar los rumores sobre cierto fraile misterioso, que furtivamente llamó una noche a Mont-Aragón, ello os dará ocasión propicia de prohibir, con la autoridad y entereza que os conviene, todo comentario mal intencionado para vos.

—No es ese el tono que a vuestras palabras conviene. Aprestaos a partir camino de Zaragoza.

—¿Insistís en que me entreviste con don Alfonso?

—No insisto ; sólo dispongo una vez.

—Mas concededme, al menos, una gracia. No emprender este viaje hasta dentro de tres días.

—Os la concedo a condición de que durante ese tiempo no intervengáis en asunto alguno de la corte.

Y así diciendo, el rey, dió media vuelta y fuése.

Atarés sentía la mirada de desconfianza del rey clavada en su leal corazón; mas no por eso dejaría de velar por él.

—Monseñor—dijo al pronto, posando una mano sobre un hombro del canónigo—, necesito conquistar de nuevo la confianza de don Ramiro. ¿Veis cómo lo han cambiado? Teme que yo sea un intrigante... Leo en vuestros ojos que no me habéis confesado toda la verdad. Decidme, ¿en qué forma se confabula contra mí? ¿Se me tiende un lazo? ¿Se piensa en mi muerte? No me asusta. Lo que me espanta es pensar que pueda morir como un traidor, sin serlo.

—No sé a punto fijo qué se planea, pero me consta que esta noche, en el mismo castillo de Castellezuelo se celebra una reunión.

—Gracias. Es cuanto necesito saber.

Tales fueron las últimas palabras cruzadas entre don Pedro Atarés y el eclesiástico.

## XIV

### LA CONJURA DE LOS VASALLOS

Comenzaron los nobles por reunirse, como en celebración de Cortes, a espaldas del rey, y fué el tema planteado el de cómo podrían separar al celoso y astuto Atarés, para privar de su consejo y servicios a don Ramiro.

El más significado de todos ellos dijo :

—No podemos continuar viendo con indiferencia que un valido extranjero, pues que Atarés es de Navarra, y aun había aspirado a ser rey de ese reino, con la finalidad acaso de adueñarse luego asimismo de Aragón, no podemos, digo, seguir tolerando el peligro de sostener dentro de la corte a un indudable traidor nuestro y de la Corona.

Cuando fueron pronunciadas estas palabras ninguno de los allí reunidos pudo percatarse de algo que ocurría en el patio de las caballe-

rizas del castillo residencial del que acababa de hablar, que era donde, amparados por la obscuridad de la noche, se habían reunido taimadamente los falsos vasallos. No sospechaban amenaza de peligro alguno. Muy al contrario, se levantó un murmullo de aprobación, porque veían que acusando de traición al Atarés, despertarían en el ánimo del rey seguros recelos, y por aquí empezaría a quebrantar la preponderancia que aquél adquiría en palacio. Así, pues, convinieron los caballeros de prez y alcurnia, en acusar de traición, de delito de lesa patria al navarro, para granjearle la malquerencia de don Ramiro y hacer que éste lo desterrase.

Faltaba todavía en el concurso un personaje, cuya ausencia preocupaba grandemente a los conjurados, porque era persona de alta jerarquía y tenía en sus manos la fe del pueblo. Si aquel personaje se separaba disintiendo de ellos, perderían uno de los más fuertes puntales con que habían creído contar. Era el ausente nada menos que el arzobispo Pedro Luesia. Habíase retrasado por las dificultades que encontrara para salir de noche sin

ser visto, pues en el momento en que se disponía a bajar la escalera de su palacio, la ronda de la villa dió señal de alarma. Habían visto pasar un grupo de hombres al parecer embozados, y temieron que fuesen malhechores o espías de Pedro Atarés. Envió el prelado dos avizores para que observaran aquellas sombras sospechosas, y los exploradores regresaron diciendo que las habían visto llegar a la puerta del castillo donde se celebraba la asamblea, y al cabo de un rato de dudas y extraño movimiento, penetraron tranquilamente por el hueco de la poterna.

Seguía el debate de los nobles, entre tanto, de esta suerte :

—Yo opino que no basta confiar en el resultado de tan discreta medida, porque la hipocresía de Atarés es mucha, y la fe que el cogulla tiene en él no es menor.

—¿Qué hay que hacer, pues?—demandó el decano que había hablado el primero.

Pedro Tizón, que era el que había objetado, después de cruzar unas palabras de inteligencia mutua con don Pelegrín de Castellezuelo, agregó :

—Escuchad, señores, a Castellezuelo, que así como en su compañía fuí a buscar a don Ramiro a su convento, así también, de acuerdo con sus planes, estoy dispuesto a ser brazo derecho y ejecutivo de lo que él ha ideado.

Y se levantó el noble Pelegrín para declarar :

—Ni tengo dotes oratorias, ni es discurso lo que quiero pronunciar. Sólo digo que si el ex monje se resiste a alejar del reino al intruso Atarés, debe ser cuenta nuestra el darla buena de su persona ; quiero decir que si no podemos hacer desaparecer al intruso del reino hay que hacerlo desaparecer de sí mismo.

La medida sangrienta que proponía el Castellezuelo causó sensación, pero fué acogida como indispensable, en caso necesario.

—Y digo—prosiguió el mismo—que para hacernos con nuestro enemigo, lo mejor será preparar otra celada al cogulla, aunque sea en su propio alcázar, pues sólo por defender a su señor, se expondrá a caer en nuestras manos don Pedro.

Rieronse todos de ver cómo la palabra cogulla aplicada al rey que había sido fraile, iba haciéndose corriente, hasta el punto que



...y apareció el arzobispo, sobresaltado.

algunos ya sólo de esta suerte despectiva nombraban a don Ramiro.

Hubo un momento de silencio. Habían oído ruido por los corredores y las salas del castillo. Unos servidores armados alzaron la cortina de la puerta de la sala donde se celebraba la reunión, y apareció el Arzobispo, sobresaltado.

—Nobles infanzones e hijosdalgos, temo que algún peligro nos esté amagando, pues mis gentes vieron a un grupo de embozados, que yo tomé por algunos de vosotros, llegar a la poterna y penetrar por ella, valiéndose de que el puente estaba echado esta noche. Mas ahora acabo de ver dos centinelas muertos junto al foso, y la puerta de par en par.

Todos se habían puesto en pie. Tenían miedo, y se lo leían los unos a los otros en el rostro. El alcaide de aquella fortaleza señorial ordenó inmediatamente a los criados que despertasen a toda la guardia. No se había percatado el Arzobispo de que en el patio de armas cada columna era escondite de un hombre rústicamente armado, y que aun habría una docena más de guerreros de salvaje ca-

tadura apostados en una revuelta negra como boca de lobo, que había cerca de donde dormía la guardia.

Darse la orden de llamar a ésta y aparecer en la sala el propio don Pedro Atarés, fué todo uno.

La sorpresa de tan audaz aparición sobrecogió al pronto el ánimo de todos los conjurados. Al instante reaccionaron algunos de ellos, y se precipitaron sobre el audaz recién llegado. Mas nada pudieron hacerle, porque apareció una tropilla compuesta como de hasta veinte bravos almogávares que los amenazaron con la punta férrea de sus dardos primitivos y de sus mellados aceros, apoyada en el pecho de cada uno de los nobles.

—No os mováis—añadió muy entero y digno Pedro Atarés—, no oséis moveros, ni pedir auxilio, que sólo vuestra perdición lograríais. Copada está vuestra guardia, y cogidos vosotros en el propio cubil donde fraguabais una celada contra el rey y contra mí. Y ahora mismo vais a firmar de vuestro puño y letra un testimonio de cómo es cierto

que estabais esta noche reunidos conjurando contra don Ramiro.

Los caballeros estaban azorados y llenos de ira, bajo la amenaza de aquellos rudos almogávares, y temiendo algún ardid comprometedor por parte de Atarés. En efecto, éste se dirigió a la mesa cubierta de damasco rojo, que se hallaba en el testero de la sala, y sobre un pergamino que allí estaba dispuesto para levantar acta, trazó las siguientes palabras :

«Los abajo firmantes nos comprometemos solemnemente esta noche a apoderarnos de la persona del secretario real, Pedro Atarés, y para ello daremos prisión al «cogulla» de don Ramiro, si es preciso para forzarle a desterrar a su escudero y valido, poniéndolo en nuestras manos a fin de conducirlo a la frontera, con prohibición de volver a cruzarla, a no ser que prefiera el calabozo.»

Redactado el documento, de puño y letra del que presedía lo leyó don Pedro, en voz recia para que todos se enterasen, y luego los obligó a ir estampando, uno a uno, su firma al pie del documento. Resistiéronse al pronto y costó algún trabajo que todos lo hicieran,

pero allí estaban las espadas y los venablos de los almogávares que todo lo allanaban.

Detenidos quedaron en el castillo los ricos-hombres, bajo la custodia de aquella fiera guardia.

A la mañana siguiente Atarés se entrevistaría con don Ramiro, que dormía en el alcázar, bien ajeno a lo que estaba sucediendo.

## XV

### LA REVELACION

No obstante la condición de no intervenir por tres días en los asuntos de la corte, Atarés logró que don Ramiro le diera audiencia.

Al principio el Rey creyó que se trataba de una añagaza, de una patraña de su valido, para congraciarse con él, calumniando a los hidalgos; pero los testimonios que don Pedro traía eran irrefutables; a la vista tenía don Ramiro el documento firmado por los conjurados, y en el castillo de Castellezuelo hallábanse todavía detenidos.

—No se prende a los reyes por lealtad ni por cortesía—observó el fiel Atarés.

Y para mayor abundancia, luego se sacó de la escarcela unos pliegos que había cogido en la mansión de Castellezuelo. Eran cartas cruzadas con el Arzobispo. Se hacía en ellas

referencia al asunto de la sucesión al trono, y a este propósito se hablaba con menosprecio del rey.

«No olvido—decía un párrafo—que la prosperidad de los pueblos justifica y aun obliga al sacrificio personal, aunque recaiga sobre personas reales. Hemos de velar por lo que el rey olvida y abandona, por lo cual creo ilustrísima, que estaréis de acuerdo conmigo en que de don Ramiro sería más razonable disponer en mejor forma que él lo hace de sí mismo. Es decir que puede ser devuelto al claustro, y que si alguien se interpone, que no faltará algún escudero y antiguo rival empuñado que lo intente, quedaría bien legitimado todo medio de violencia, con tal de resolver esa incógnita de la casa real.»

Palideció don Ramiro, pues claramente veía que tras la hipócrita conducta que observaban ante él los nobles, a quienes colmaba de beneficios, se ocultaba un propósito egoísta y cruel, y mucho sería que no tuviesen ya destinado al que deseaban poner en su lugar, aunque para ello hubiesen de llegar al regicidio. Hechos a tratar con pobres villanos

y a disponer de sus vidas y haciendas, como tiranuelos déspotas, no podían sufrir las medidas de protección de ese pueblo sometido a ellos, que don Ramiro, obedeciendo a los generosos dictados de su corazón, había comenzado a dictar.

En esta entrevista fué cuando don Ramiro reveló por vez primera que el trono iba a tener sucesión.

—¿Cómo, señor? Ahora veréis cuán cierto es que tampoco esto contentará a los nobles, ya que la cuestión de la sucesión era el pretexto en que apoyaban sus intenciones traidoras. Mientras fuisteis débil os quisieron; pero lo único que ahora quieren es nombrar rey a uno de ellos, que mucho sería no fuese el señor de Castellezuelo, a cambio de concesiones que equivaldrán a repartirse en feudos el territorio.

Si esperáis un hijo, creo que debe comunicarse oficialmente esta noticia, que determina un cambio radical en la política aragonesa.

—Y para que sea celebrada y bien acogida, pondré con tal motivo en libertad a esos

señores ; mas substituídas sus gentes de armas por nuestras tropas de almogávares, a cuya vigilancia los habéis confiado.

—¿Y qué pensáis, señor, de la entrevista con don Alfonso de Castilla?

Aplacemos por el momento este asunto. Ahora disponed que uno de los pajes de más confianza, salga con un pliego que voy a escribir.

No bien había terminado de redactar la carta don Ramiro, el paje destinado a aquella embajada se presentaba ante él. En el pliego el rey pedía consejo acerca de lo que convenía hacer, dada la situación que le creaba la altivez y deslealtad de sus vasallos más poderosos. En el sobre se leía el nombre de un abad y las señas de un monasterio. Don Ramiro confiaba en la opinión de un anciano y experimentado monje, lleno de ciencia y santidad, de quien ya se había aconsejado en otros tiempos.

Y partió el emisario con órdenes secretas, camino de la abadía.

## XVI

### LAS RAZONES DEL ABAD

«Mal recado os traigo, rey,  
que el monje no vos preciaba;  
ni me quiso dar respuesta;  
creo que de vos burlaba:  
entróse luego a una huerta  
en leyendo vuestra carta,  
y, afilando allí un cuchillo,  
las ramas emparejaba.»

*(Romances nuevamente sacados.  
Sepúlveda.)*

Nada puede decirse a punto fijo sobre la persona a quien don Ramiro dirigió tan delicada consulta. Mientras unos afirman que sería el mismo monseñor Fortuñón, cabeza suprema de Mont-Aragón, hay indicios que apoya la leyenda para creer que se trata del Abad de Tomeras.

De lo que fué la visita del mensajero y de lo que el Abad le repuso, ninguna relación daría cuenta mejor que el romance :

«El mensajero se parte  
y el Abad le da una carta.  
El Abad no le responde ;  
en la huerta sólo entraba  
el mensajero con él  
que respuesta le demanda.  
El Abad le despachó  
sin hablarle una palabra.  
La respuesta que le diera  
fuera cifra bien cerrada,  
que sacando allí un cuchillo  
las ramas altas cortaba.  
Despedido el mensajero,  
mal contento se tornaba.  
Como fué llegado al Rey,  
le dijera estas palabras :  
Mal recado os traigo, Rey,  
que el monje no vos preciaba,  
ni me quiso dar respuesta ;  
creo que de Vos burlaba :  
entróse luego a una huerta  
en leyendo vuestra carta,  
y afilando allí un cuchillo,  
las ramas emparejaba.  
Oyendo aquestas razones,

el Rey las disimulara :  
comprendió bien la respuesta  
y el consejo que le daba.»

Corrido y temeroso debió de presentarse el paje mensajero ante don Ramiro, creyendo haber hecho un viaje inútil.

—Di presto, ¿qué te ha dicho el Abad?—le preguntaría el rey, viéndole indeciso—. ¿Qué es lo que te traba la lengua? ¿Acaso te encontraste con que había muerto?

—Muerto, no, señor rey ; pero mudo creo que sí.

—¿No leyó mi carta?

—La leyó y la releyó. Luego se quedó un rato pensativo, y haciéndome señal de seguirle, se fué por una puerta. Salí en pos de él, como su sombra, del locutorio a un pasillo, del pasillo a un claustro, del claustro a una huerta.

—Pero bien, ¿qué te dijo?

—Nada, señor, ya os he dicho que no desplegó los labios.

—Pero bien adivinarías en su rostro...

—Nada, Majestad ; no hizo el menor gesto

que delatara satisfacción ni sentimiento alguno. Parecía de piedra.

—Pero algo haría al leer o después de leer la carta.

—Sí, mi señor, salirse al huerto.

—¿Y después...?

—Parecía burlarse. Empuñó un cuchillo, lo fregó contra una piedra lisa, causándome gran temor, pues nos hallábamos solos, y nadie me hubiera podido defender...

—¡Acaba presto! que me enoja tu cachaza.

—Luego dió una vuelta entre los arbustos, escogiendo un arbolillo tierno de menguada estatura, y comenzó a separar hojuelas y tallos, y éste corto, éste no corto, en un periquete dejó el arbolillo en su cima más podado que la palma de mi mano. Sólo las hojas bajas respetó. Yo le pedí una respuesta. Roguéle con cuantas razones se me alcanzaron. Díjele que podría costarme un castigo el no cumplir la orden de mi señor, volviéndome como había ido; y por toda satisfacción me mandó con cajas destempladas diciéndome que «viera y contara», que mi misión estaba cumplida. Y estas fueron las únicas razones que me dió.

En oyendo este relato don Ramiro debió recibir una extraña luz. Mandaría al paje que se retirase, sin decir a nadie una palabra de su viaje a la abadía, y se engolfaría en profundas reflexiones, alrededor de un solo punto, que era indudablemente la solución que le recomendaba el docto religioso.

Porque el rey le había preguntado taxativamente en la carta lo que debía hacer para salir de tanta bajeza y peligro como aquél en que los malos vasallos le tenían; y no podía dejar de interpretar su muda respuesta como «cifra cerrada» de algo que no convenía en buena diplomacia dar por escrito, y ello era que así como las hojas y tallos que suben con demasiada pujanza, saliéndose de su natural sitio para el orden y la simetría del árbol son podados, así también la prosperidad y el crecimiento ordenado de un reino exige la eliminación de aquellas cabezas que se empinan con desmedido orgullo y caprichosa altanería, para vivir y medrar a expensas y de la raíz del árbol de la realeza.

Don Ramiro estaba muy afligido, porque comprendía que no habría más remedio que

ejecutar el consejo del Abad. ¡ Cortaría las cabezas superfluas por demasiado altaneras ! Y pasó una noche de pesadillas buscando un término conciliatorio entre tan radical remedio y sus sentimientos humanitarios. Pero ante todo, sometería a la nobleza a una prueba definitiva. Acaso algunos se someterían a rendirle acatamiento sincero.

En sueños vió, no obstante su resistencia a las sentencias capitales, que estaba fundiendo una enorme campana roja, que, desde la torre ochavada de su castillo, habría de enviar sus pregones recios y autoritarios a todos los confines del mundo.

## XVII

### ¿SE HABIA VUELTO LOCO EL REY?

«Al rey, la hacienda y la vida»

«Al César lo que es del César»

*Calderón*

Convocados los nobles por el Rey en el salón del trono, oyeron de sus labios las siguientes palabras :

—Dos declaraciones he de haceros : una es que no ha de tardar la Corona en tener sucesión ; la otra, que no prodigaré en adelante mis privilegios y donaciones.

Se hizo un gran rumor en la sala, unos murmuraron al oído de otros, con harta irrespetuosidad, y aunque nadie se atrevió a levantar la voz, se percibió claramente algún bisbiseo de burla e ironía. Nadie creía capaz a don Ramiro de improvisarse un carácter de que hasta entonces había carecido.

Atarés observaba silencioso, sentado cerca del rey. Mas, irritado al ver la falta de compostura y reverencia que observaban, se irguió y pidió venia a su señor para hablar.

Negóselo don Ramiro, y hubo de sentarse corrido y reprimiéndose las ganas que sentía de increpar a los desmandados caballeros. Mas aquel acto de energía del rey, aplicado precisamente en la persona que mayor influencia ejercía en su ánimo, extrañó mucho a toda la flor de la nobleza.

Entonces aprovechó don Ramiro el primer momento de perplejidad para decirles :

—Si alguno de vosotros tiene que objetar algo a mis palabras, yo le intimo a que lo haga al punto. Necesito saber si mis vasallos son mis vasallos.

Y uno de ellos que creía que tales palabras eran una baladronada y mera comedia, replicó :

—Para estar conformes con la sucesión que le deis al trono, es preciso que sepamos si vais a tener hijo o hija, y si es varón, hay que asegurarse también de que no tenga vocación

de fraile, porque ni mujer ni fraile queremos por soberanos.

A poco el rey pierde la medida que se había impuesto, para increparle y mandarlo encerrar en una mazmorra.

También Pedro Atarés estuvo a punto de quebrantar el silencio que su señor le había impuesto; pero él había de ser el primero en dar ejemplo de acatamiento.

Los demás caballeros se manifestaron conformes con las palabras del primero que se había levantado, con lo cual el respeto que el rey les mereciera, dependía de que su sucesión recayese sobre varón y no sobre mujer.

Don Ramiro volvió a tomar la palabra:

—Creísteis encontrar en mí una apariencia de rey para mejor medrar a mi sombra pisoteada; pero yo he sido generoso con vosotros; he obrado con prudencia en muchos negocios del reino; he sido el primero en meterme por las filas enemigas para demostraros que no me falta valor ni decisión, y en vez de alegraros de ello, os habéis confabulado contra mí y no habéis reparado en incubar la idea del regicidio.

Al callar nuevamente el rey, todos siguieron sumidos en su silencio. No hubo una sola protesta de lealtad, de adhesión a don Ramiro.

—Y ahora quiero—añadió el rey—que uno a uno vayáis contestando a esta pregunta: ¿Qué sentencia dictaremos contra los vasallos convictos de traición a la Corona?

Y preguntados por el orden en que se hallaban sentados, de derecha a izquierda, todos se fueron excusando de contestar con franqueza, y recurrieron a mil cómicas evasivas.

Después de lo cual don Ramiro añadió:

—Pues vuestro consejo me confirma en el propósito que yo tenía de hacer una fabulosa campana, que se oiga en todo el mundo, porque veo que no hay sinceridad en vuestra palabra, y esa campana hablará por vosotros de la justicia que se practica con los vasallos traidores.

Las últimas palabras no fueron claramente oídas, porque al llegar a lo de la campana se levantó una risa general. No podían comprender que el rey hablaba por símbolo, y creían que estaba verdaderamente loco al decir tal cosa.

Entonces el más anciano se levantó y dijo, encarándose con su señor :

—Si estáis en vuestro juicio, decidme : ¿ qué se hace con un rey que dice tamaños dislates ?

Y varias voces contestaron tumultuosamente :

—¡ Se le ata ! ¡ Se le encierra ! ¡ Un loco no puede gobernarnos !

—Perfectamente—repuso por fin don Ramiro, lívido de sentimiento y cólera—, ahora yo os digo que estoy conforme con sacrificarme cuando vea que el bien del reino lo reclama. Pero necesito saber quiénes de vosotros se sienten capaces de hallar al que me sustituya.

Y se pusieron en pie varios, con apostura confiada y arrogante.

Entonces el rey se dirigió a Pedro Atarés, que estaba pálido de indignación, y le dijo :

—Ahí fuera tengo dispuesto un grupo de soldados. Mandad que entren al punto.

Todos los que se habían puesto en pie fueron agrupados a un lado. A los restantes díjoles el rey :

—Mañana, a esta misma hora, volved a reuniros en palacio, porque os mostraré la campana que la torre ochavada de Huesca necesita.

Y los restantes ricoshombres fueron conducidos por los soldados a las mazmorras subterráneas.

.....

Ya el Rey había llamado a los verdugos.

La Corona iba a cobrarse bien cara la moneda de acatamiento que a su autoridad se debía.

## XVIII

### POR FIN RESUENA «LA CAMPANA»

«Quince fueron sentenciados;  
a los otros perdonara...»

«Así fué temido el monje  
con el son de esta campana.»

(*Romances nuevamente sacados.*  
Sepúlveda.)

Algún grito lastimero y de espanto debió de oírse aquella noche, estremeciendo el alcázar desde los cimientos donde se hallaba el calabozo o bodega en que debían realizarse las ejecuciones por el rey ordenadas.

Ni que decir tiene que don Ramiro no pudo conciliar el sueño. Gran dolor le causaba haber tenido que recurrir a tan cruel medida para extirpar la mala hierba que amenazaba con malograr todos los frutos sanos de su reino.

El hacha de los verdugos se había ejercitado implacablemente. La sentencia estaba

cumplida. Y amaneció tristemente el día para los hijos y los deudos de los ejecutados, que pasaban de doce.

A la hora en que los nobles y sus más allegados estaban convocados en el alcázar, don Ramiro temblaba de espanto. Era obra suya, pero, en verdad, los decapitados habían sido causantes de su propia perdición.

Dispuesta estaba la cámara del trono para la extraña recepción. Y fueron llegando a la antesala los infanzones, perplejos ante el misterio con que el rey obraba, pero muy ajenos a lo que había sucedido.

En la antecámara no se echaba a primera vista de menos a los que habían sido conducidos el día anterior a los calabozos, pues su ausencia quedaba de largo compensada con la presencia de los hijos, hermanos y familiares de los mismos, a los cuales don Ramiro había invitado especialmente.

Aunque no faltaba quien temiera alguna salida desagradable por parte de don Ramiro, no podían sospechar, ni remotamente, que hubiera tenido ánimo para dictar sentencias de muerte; así es que en medio del malestar

general y de la curiosidad e impaciencia que en la reunión de la antecámara se notaba, antes de que el rey ocupara su sitio e hiciese entrar a sus vasallos, éstos se entretenían en comentar las últimas ocurrencias de su Señor, especialmente lo de la célebre «Campana».

«La Campana» se había convertido en un enigma que a todos preocupaba e intrigaba; pero nadie acertaba a desentrañar su sentido.

En tanto, ¿qué querría decir tanta espera, tan larga antesala? Era la primera vez que don Ramiro extremaba así el ceremonial y que se atrevía a causar una molestia injustificada a la flor y nata de la sociedad feudal de todo Aragón.

Cuando ya empezaba a levantarse un rumor de protesta, se abrió de par en par la puerta. Don Ramiro apareció revestido de sus atributos reales en el sitio. A un ademán suyo, fueron penetrando todos en silencio.

Descendió el rey del trono. Estaba pálido y se veía que sólo un gran temple de alma le permitía hacer el esfuerzo de mantenerse sereno reprimiendo algún gran dolor moral.

Dominando con entereza el temblor de su voz emocionada, dijo :

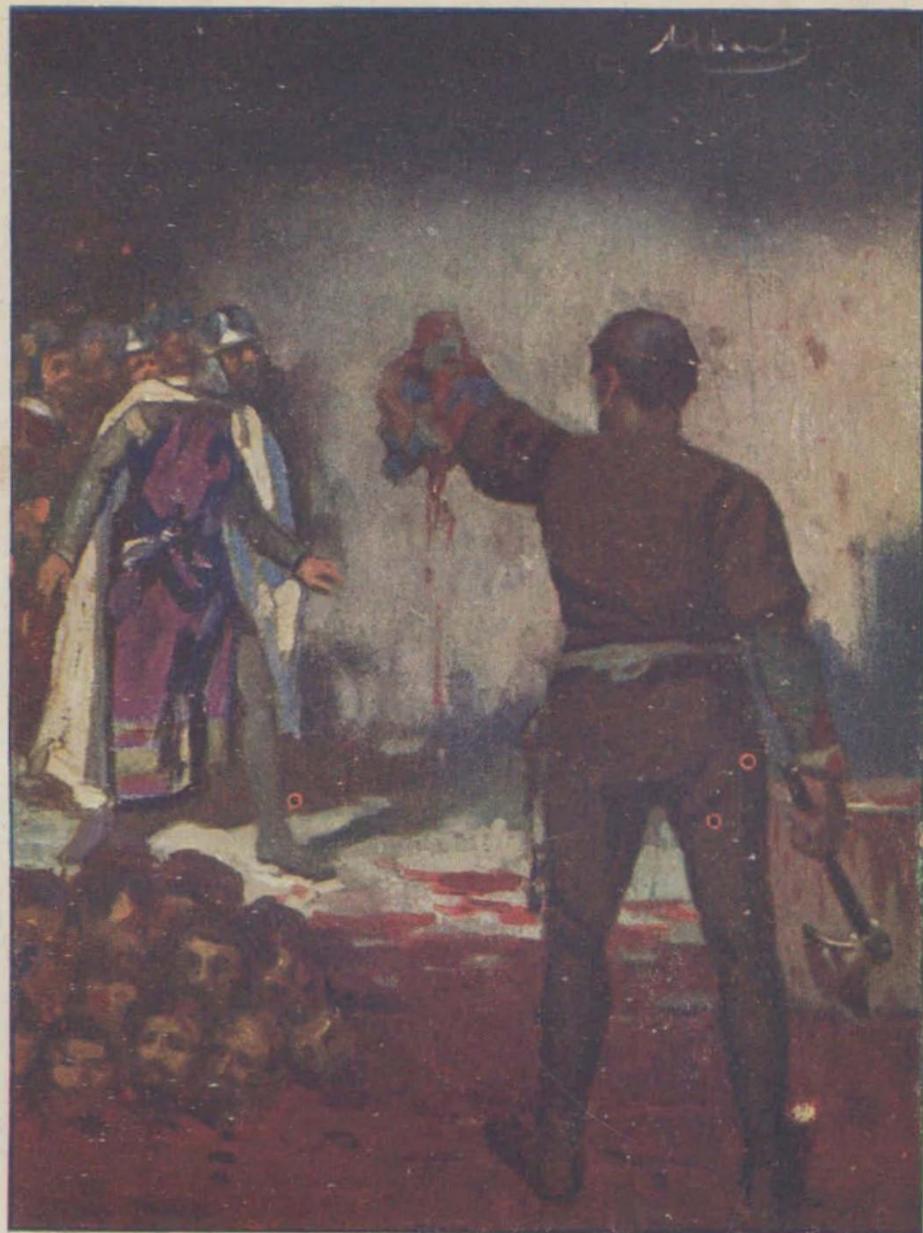
—Ahora vais a decirme si encontráis conforme y justo el timbre de mi campana. Y os advierto que éste y no otro es el temple de la justicia de una realeza ultrajada.

Todos se miraron extrañados. Empezaba a cundir entre ellos un vago y justificado temor.

Fuése don Ramiro por la puerta del fondo, dejándolos a todos perplejos, y dando a Atarés orden de que aquellos caballeros le honraran bajando a las bodegas del alcázar, en donde él les esperaba.

Y aquí viene la escena reproducida por Casado del Alisal en su célebre cuadro.

La flor y nata de la nobleza de Aragón sintió el pánico de las grandes tragedias : fueron entrando de grupo en grupo, pues que todos no cabían en la angosta cueva donde los verdugos habían segado el cuello de los detenidos el día anterior. Allí estaban los cadáveres, como testimonio de que no se puede injuriar y menoscabar la autoridad que rige los pue-



Mandó mostrar las cabezas.

blos, sin hallar la propia perdición en tan soberbio delito.

«Llamó un día a los señores—dice el ro-  
[mance-

y en su cámara les habla,  
y a sus hijos herederos  
hizo quedar en la sala.  
En entrando, todos ellos  
viéronse entre gentes de armas ;  
mandó cortar la cabeza  
a los que más se burlaban.  
Quince fueron sentenciados ;  
a los otros perdonara.  
Mandó mostrar las cabezas  
a los mozos de la sala :  
dijo que eran de sus padres  
todas las que allí miraban,  
porque en poco le tenían  
y en su presencia burlaban.»

El efecto causado por la visión de semejante espectáculo no es para descrito. Los llantos fueron contenidos al pronto por una sensación de horror. Todos los ricoshombres y se-

gundones, caballeros y alcaldes que allí se encontraban, sintiéronse sobrecogidos como ante los espectáculos grandiosos; palidieron; un «¡ Oh !» sostenido salió de todos los pechos; paralizado el corazón, sintieron todo el terror de las iras de la justicia...

Pero luego fueron las escenas de penas, lágrimas y sollozos. Las risas, las burlas, las arrogancias, las osadías, los desmanes, las ambiciones, el orgullo, la altanería, en suma, de la nobleza aragonesa, con el cortejo mísero de pasiones y egoísmos que la había desencaminado de la lealtad, se veían tronchados, como las velas osadas de la navecilla que se arriesga a engolfarse, muy confiada en sí misma, a las altas tempestades, para quedar deshechas tristemente.

Algunas versiones de esta historia dan cuenta de cómo don Ramiro, conforme iban cayendo las cabezas al tajo del hacha del verdugo, las hacía colocar unas sobre otras en forma cónica, de manera que resultaba como una campana.

Terminada esta operación mandó que entrara en el recinto un noble de Zaragoza, que

acaso ostentara la púrpura prelatia, o que en todo caso sería uno de los próceres más poderosos y autoritarios, al par que más hipócritas y diplomáticos de los nobles aragoneses. Una vez en presencia del macabro escenario, el rey le dirigió esta pregunta :

—¿Creéis que la obra que tenéis a la vista está completa?

El altivo varón tembló de espanto, y, demudado el color del rostro, balbució que a su juicio nada faltaba para que aquella campana, trágica y figurada, resonase como ninguna otra por la tierra, y aun hiciese llegar sus tañidos a lo largo de los siglos, por la historia. Mas la opinión del prócer no le libró de su suerte.

Pruebas tenía el rey de que se trataba de un agitador que unía al movimiento de los nobles otros sectores de la vida del reino, la población labradora : los artífices y aun el clero y los soldados. A sus razones evasivas replicó don Ramiro enérgicamente :

—Algo falta todavía, y ello es la lengua más recia, la que más se movió en escarnio de la corona y en levantar contra ella los sentimien-

tos de los súbditos. Falta lo que ha de dar más rotunda voz a mi campana.

E inmediatamente hizo que el verdugo pusiera fin al espanto de aquel prócer, descargando el hacha sobre su cuello, y dispuso que se colocara la cabeza del noble zaragozano, colgada en medio de todas, en forma de badajo.

Así fué cómo don Ramiro *el Monje* dejó de ser juguete de la nobleza, así cómo había interpretado el consejo enigmático del Abad de Tomares.

Algunas versiones dan una variante del mensaje misterioso enviado por el criado del rey, y dicen que no fueron las hojas de un arbolillo lo que el Abad fué cortando en presencia del paje-correo, sino que el docto consejero cogió una guadaña o una hoz a la vista del atónito mensajero, y empezó a cortar las espigas más altas de un trigal, hasta que ningún penacho sobresaliera entre los otros.

Mas fuera como fuese, no se sabe que nadie haya opinado que don Ramiro no interpretara debidamente el consejo.

## XIX

# MUERTE Y SUCESION DE DON RAMIRO

«En realidad, los reyes de Aragón, desde 1137, fecha de la unión de Aragón y Cataluña bajo un mismo cetro, hasta 1410, fecha de la extinción de la casa de Barcelona, no son otros sino los condes barceloneses.»

*Georges Dwelshauvers*

Si aquí termina el episodio de «La Campaña de Huesca», la historia nos dice que en tal punto comenzó la prosperidad del reino, con el robustecimiento de la personalidad del rey; y si a éste no le faltó ánimo para reaccionar con una medida tan impresionante, tampoco dejó de manifestar previsión e iniciativa política en sus relaciones diplomáticas, especialmente con don Alfonso VII de Castilla y con don Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona.

A partir del hecho relatado, la política de

don Ramiro adquirió una orientación que había de tener trascendencia histórica. Esta se definió al nacer una hija de don Ramiro y doña Inés.

Don Ramiro hizo un pacto en 24 de agosto de 1136 con don Alfonso de Castilla. Entrevistáronse los monarcas en Alagón, y a cambio de casar a la heredera, doña Petronila, a la sazón niña, con el primogénito de don Alfonso, éste accedió a devolver al aragonés las plazas de Tarazona, Daroca y Zaragoza, de que se había apoderado, valiéndose de la anterior debilidad del rey-monje. Por el pacto de Alagón se tenían que reunir las dos coronas en el heredero castellano. Mas las cosas cambiaron de tal suerte, que no se realizó el sueño de don Alfonso. Ya anteriormente los intentos de unión de ambos reinos habían dado desastroso resultado. Así había sucedido con el matrimonio de don Alfonso *el Batallador* y doña Urraca. Había como un destino que inclinaba la política de Aragón hacia la costa, y no hacia la meseta. A pesar del severo castigo infligido a la altivez de los nobles, éstos tuvieron conatos de altivez e intrigaron de tal

manera, que el matrimonio concertado no se pudo llevar a efecto.

Obligado por las circunstancias, púsose entonces don Ramiro al habla con los condes de Barcelona. Ramón Berenguer IV veía con buenos ojos esta aproximación del aragonés. No fué, pues, muy laborioso el llegar a un pacto semejante al que anteriormente se ultimara con Alfonso de Castilla. Y a 11 de agosto de 1137 la infanta doña Petronila fué desposada con el conde Ramón Berenguer. Mejor dicho, en esta fecha se contrajo el compromiso de la boda, pues la infanta contaba a la sazón dos años, en tanto que el noble catalán contaba veinticuatro. Llegada la edad prevista, doña Petronila se trasladó a la ciudad Condal, donde fué recibida con alborozo y pompa.

Habíase reservado don Ramiro los derechos y honores todos, que como a monarca de Aragón le correspondían, y recabó para sus súbditos el respeto de sus usos y costumbres. Pero virtualmente cedió a su yerno, con la mano de su hija, el legado de todo el reino de Aragón.

Tal unión fué el principio de lo que con los años había de ser la gloriosa monarquía catalanoaragonesa, que había de cumplir, bajo la enseña de las cuatro barras rojas, un ciclo de civilización mediterránea. Don Ramiro expiró diecisiete años más tarde, con la dicha de ser abuelo. Su nieto, Ramón Berenguer, para complacer a los aragoneses, adoptó el nombre de Alfonso. Anexionó a sus dominios el ducado de Provenza; heredó el condado del Rosellón y recibió vasallaje de los condes de Bearn y Bigorra. Fundó la ciudad de Teruel y ensanchó al sur sus fronteras.

Nieto de don Alfonso II fué el ilustre príncipe don Jaime I, conquistador de las Baleares y Valencia, y a quien el reino catalanoaragonés debe su mayor esplendor.

El resultado que con el tiempo tuvo la política de don Ramiro *el Monje*, le reivindicaba de sus anteriores indecisiones.

También halló en vida solución a las luchas de su conciencia, pues, restituído al claustro, pudo entornar definitivamente los ojos, el año 1137, rodeado de paz y en gracia de Dios.

